

~ 8 ~

Necesito una cama vono

El día 13 de febrero de 1972, Idi Amín hizo un corto viaje a Libia. Antes de su regreso, la amistad de diez años con Israel había terminado, y una nueva relación con los estados árabes había comenzado.

En Libia, Amín convenció al coronel Gaddafi y a otros líderes árabes, de que Uganda era una nación islámica. Según les hizo creer, el 80% de los once millones de ugandeses seguían a Mahoma y eran reprimidos por una pequeña minoría cristiana. Podrían ser liberados con la ayuda de sus aliados musulmanes, el pueblo árabe. Los dirigentes de Libia y de la Arabia Saudita creyeron las mentiras de Idi Amín — los mahometanos son sólo el seis por ciento de la población de Uganda — y le prometieron ayuda económica. Sólo la aportación de Libia ascendió a más de treinta millones de dólares “para eliminar a los pocos cristianos que quedaban, y convertir a Uganda en un estado islámico”.¹ El dinero salió del fondo destinado a la *Yihad*, la “Guerra Santa”.

Para fines de 1972, la campaña de terror contra los católicos y los protestantes ya estaba bien avanzada. En el ejército hubo masacres sangrientas y conversiones forzadas. En el sector civil hubo miles de “desapariciones”. Muchos de los asesinados eran personas que habían revelado su grado de instrucción y sus bienes económicos en unas solicitudes gubernamentales evi-

dentemente diseñadas a fin de encontrar nuevos dueños para los negocios abandonados por los asiáticos. Un comité de seguridad del gobierno achacó este brote de matanzas a las actividades guerrilleras. En sus acusaciones decían que los partidarios del expresidente Obote estaban tratando de socavar el gobierno libre de Uganda. Los sionistas y los imperialistas intentaban sabotear la guerra "económica" de Amín.

Durante los últimos tres meses de 1972, mientras el mundo occidental desoía los informes de genocidios, considerándolos exageraciones de fugitivos asustados, Idi Amín y sus soldados acabaron con más de noventa mil ugandeses. Para el mes de diciembre era difícil encontrar una familia prominente de Uganda que no hubiera experimentado la matanza brutal de uno de sus miembros.

Un domingo de diciembre, momentos antes de comenzar nuestro servicio de la tarde, cuatro hombres entraron apresuradamente al vestíbulo de la Iglesia Redimida, cargando en una camilla a una mujer enferma. Los seguían los familiares de la mujer, quienes lloraban y clamaban angustiados. Una de las mujeres del grupo gritó: — ¡Ayúdenos! ¡Ayúdenos! — con voz histérica y desesperada. Otra mujer cargaba una pequeña niña que no contaba más de dos años de edad. La niña estaba chupándose el dedo pulgar, y miraba inexpresivamente por toda la habitación. Más tarde me informaron que era hija de la mujer que estaba en la camilla.

Los ancianos y yo nos reunimos en el vestidor para orar, y los hombres colocaron la camilla en medio de nuestro círculo. La mujer estaba amarrada a la camilla por tres correas, y su rostro estaba hinchado y verdooso. Parecía que ya había perdido gran cantidad de sangre, y pude observar los moretones negros y feos que cubrían su cuello. Sus ojos estaban fijos, con la mirada en el vacío, y su cuerpo estaba completamente rígido. Cuan-

do me di cuenta de que estaba paralizada, pensé que no debía estar en el vestidor de nuestra iglesia. Necesitaba atención médica inmediata.

Me sentí inútil mientras miraba a la mujer, y uno de los hombres que la cargaron hasta la habitación comenzó a contar su historia. Vivía en el vecindario exclusivo de Lukuli, que quedaba en las afueras, hacia el oeste de Kampala, y su esposo era un hombre noble y adinerado. Tres días antes, a plena luz del sol, los soldados de Amín llegaron a su casa. Reunieron a toda la familia, acorralándola en un solo cuarto, y entonces tomaron al esposo. Frente a su familia, lo torturaron y lo mutilaron. Mientras moría en medio de terribles sufrimientos, ultrajaron a su esposa.

Los soldados saquearon la casa completamente y, satisfechos con el éxito de su misión, se montaron en una furgoneta del ejército, riendo y haciendo chistes. La situación que dejaron atrás era desesperante. El cabeza del hogar, el león de la familia, había sido destruido. Todos los tabúes se habían roto, y la afrenta y el sufrimiento infligidos a la familia eran totales. Completamente desesperada, la viuda les dio la espalda a sus hijos y con un último esfuerzo físico, intentó ahorcarse.

— Se desmayó antes de ahogarse — dijo el hombre que contaba la historia, con el mismo tono de voz inexpresivo con que la había comenzado —. Y ahora, se la hemos traído a ustedes. — Me miró como a la expectativa. Pude ver en su rostro, y en los rostros de los que lo rodeaban, una firme convicción. *Esta gente cree que yo puedo sanar a su amiga, pensé. Cree que el Evangelio es una fórmula mágica, como la brujería.* Por un momento mi sensación de insuficiencia se tornó en enojo, y tuve deseos de desalojarlos a todos del vestidor personalmente. Tratando de mantener la calma, les di órdenes a los hombres que habían cargado la camilla hasta la habitación, de que se la llevaran.

—Lleven a su amiga a un hospital —les dije—. Necesita ayuda profesional. Nosotros no somos doctores; somos predicadores de la Palabra. No tengo manera de diagnosticar su enfermedad.

Hubo silencio total hasta que una anciana que estaba de pie en el fondo habló de repente. Estaba enojada. Se dirigió a mí en un tono de voz que no admitía discusión, y trató de dominarse rígidamente, llena de indignación: —¿Cree usted que cuando las personas llevaban a sus amigos enfermos a Jesús, era porque no sabían dónde estaba el hospital?

El enojo de la mujer me intimidó, y no supe cómo responderle. Di la vuelta buscando el apoyo de Kiwanuka, quien había estado mirando todo el asunto con una mirada llena de interés. Desde su conversión, Kiwanuka se había transformado no sólo en mi amigo íntimo, sino además en un consejero y confidente respetado. Yo sabía que él me ayudaría. Sabía que podía convencer a esta gente para que se marchara. Eran personas de su misma clase y Kiwanuka siempre sabía exactamente cómo hablarles, aun en las situaciones más difíciles.

Pero cuando Kiwanuka me llamó aparte, sus palabras estaban dirigidas a mí y no a los demás. Me habló en su estilo más enérgico: —Kefa, hemos bautizado a más de ciento cincuenta brujos. ¿Qué derecho tenemos a destruir a los curanderos del pueblo si no sabemos qué hacer con los enfermos?

Los comentarios de Kiwanuka me hicieron sentir traicionado y más inútil que nunca. ¿Estaría pensando que el Evangelio era magia, al igual que los demás? ¿Creía él que el Espíritu Santo podía ser manipulado por simples hombres? Yo no tenía ninguna fórmula con la cual sanar a la mujer, y tampoco era como los grandes profetas y predicadores del pasado. Yo no era como Elías, Samuel, Pedro o Pablo. No tenía ningún acceso especial a Dios. Además, continué discutiendo conmigo

mismo, la mujer podía morir de un momento a otro. ¿Qué pensaría y diría la gente al oír decir que el pastor de la Iglesia Redimida había impedido que una mujer moribunda fuera llevada al hospital?

Con este último pensamiento, quedé convencido de mi temor y necesidad. Me acordé del niño Okelo, y de la obra que Dios hizo en su vida. No había sido yo quien lo había salvado, sino las palabras de poder de Jesucristo, el mismo Cristo que dijo: —Nada puedo hacer por mí mismo... sino que el Padre en mí, El hace las obras (vea Juan 5:19; 14:10 y 15:5). Yo tampoco podía hacer nada por mí mismo, sino que, al igual que Pablo, podía hacerlo todo por el poder del Señor resucitado.

Me dirigí nuevamente a los familiares, y esta vez les pedí que se sentaran. Tomé la Biblia y me puse en pie junto a la camilla donde yacía la enferma. Por más de una hora le leí a la mujer el libro de Juan. Cuando llegó la hora del servicio, otro anciano tomó mi lugar y continuó la lectura. Volví luego del servicio, y la mujer aún yacía inconsciente. No se había movido ni una sola vez desde que la habían llevado al vestidor. Podía ver la desilusión en los rostros de sus amigos y parientes. *Han escuchado historias increíbles sobre sanidades instantáneas*, me dije. *Han oído hablar del niño cojo que salió del patio de la iglesia saltando. Ahora han quedado defraudados en su esperanza. La mujer que han traído a la iglesia, saldrá de la misma manera que entró: en una camilla.*

Mantuvimos a la mujer en el vestidor por el resto del día, y durante toda la noche. Entraba y salía de su estado de inconsciencia, y con frecuencia se quejaba o se retorció tratando de librar su cuerpo de las amarras. Siempre que despertaba, había un anciano a su lado leyéndole algo acerca de la resurrección, y del amor de Dios por su pueblo en medio del sufrimiento.

Al llegar la mañana, la mujer estaba consciente por

completo y podía mantenerse sentada en una silla. Su cara aún estaba hinchada, pero ya casi había recuperado su color normal. Al poco tiempo, recobró el habla, y lo primero que hizo fue preguntar por sus hijos. Llamó a cada uno de ellos por su nombre, y luego, entre estremecimientos y llantos, contó la vergonzosa historia de terror que habían sido obligados a presenciar.

— Por eso es que no soportaba vivir — dijo con voz cansada y entrecortada —. No podía soportar el hecho de que mis hijos hubieran visto a su padre sufrir tales cosas.

Me compadecí de la mujer mientras revivía su experiencia de pesadilla. Sabía que las costumbres y las expectativas de los que se criaban en una posición privilegiada eran muy diferentes a las de los aldeanos con los cuales viví mi infancia. En nuestras aldeas, vivíamos siempre como al borde del precipicio; cada nuevo día traía nuevos temores e inseguridades, y nuevos sufrimientos. No era rara la muerte violenta a manos de animales salvajes o enemigos humanos. Pero para la gente de la ciudad, tales sufrimientos eran conocidos a través de relatos solamente. Sabía que a la mujer sentada frente a mí no le cabían en la mente sucesos de este tipo, que iban más allá de lo que el ser humano puede comprender y soportar.

Oré con la mujer por mucho tiempo, pidiéndole a Dios que trajera paz y sanidad a su vida. Cuando terminé, una vecina que había pasado toda la noche en el vestidor, se acercó para llevarla al hogar de unos parientes. La mujer se levantó débilmente, y parecía estar al borde de un colapso. Entonces, reuniendo sus fuerzas, y sosteniéndose del brazo de la vecina, salió caminando por la puerta. Mientras la miraba marcharse, sentí que las lágrimas corrían por mi rostro. Lucía tan frágil, que me preguntaba si alguna vez se recobraría de las terribles heridas que había sufrido.

Durante la semana siguiente, varios ancianos visitaron a la mujer, y trajeron informes al comité de ancianos sobre el progreso de su salud. Yo personalmente, no supe nada de ella hasta dos domingos después, cuando vino a la iglesia acompañada de sus hijos, sus amigos y sus familiares. Se sentaron todos juntos en la primera fila, y con sólo mirarla por primera vez, me di cuenta de que era verdad lo que los ancianos decían. La mujer parecía estar completamente repuesta. Su rostro no sólo había vuelto a su forma normal, sino que estaba saludable y brillaba. Estaba sentada llena de seguridad y fortaleza, y parecía ser el centro de aliento para toda la familia. Después del servicio, condujo a su familia y sus amigos hasta el frente para escuchar el mensaje de salvación, y juntos entregaron sus vidas a Jesucristo.

Me quedé atónito al ver la recuperación de la mujer y la conversión de su familia. Miré a Kiwanuka para compartir mi asombro con él, pero sólo me miró y se rió. Después, extendió sus brazos como si estuviera diciendo: — ¿De qué otra manera podría ser? — Entonces comenzó a alabar a Dios en voz alta —. ¡Este Hombre llamado Jesús! ¡Qué Hombre tan admirable es! ¡Todo lo que El dice tiene que pasar! — Pude darme cuenta en ese momento de que Kiwanuka, el ser humano más complejo que jamás había conocido, tenía una fe sumamente sencilla. Se fundaba firmemente en la Palabra de Dios, sin dudas que socavaran sus convicciones. Creía que todo lo que leía en la Biblia era la verdad. Para él, Dios era tan real, que todo lo que Dios dijera tenía que cumplirse.

La noticia de la sanidad de la mujer se esparció rápidamente y en las semanas siguientes, experimentamos una visitación de Dios especial en la Iglesia Redimida. Decenas de viudas y huérfanos, cuyas vidas habían sido destrozadas por los destructores soldados de Amín, fueron llevados a la iglesia para que orásemos

por ellos. Una y otra vez, ante la presencia de la angustia y el dolor humanos más extremos, fuimos testigos del poder del amor sanador de Dios. Las mentes y los cuerpos destruidos eran restaurados; en agradecimiento, cientos de personas entregaban su vida al servicio de Jesucristo.

En esa época, los ancianos y yo comenzamos a discutir entre nosotros acerca de la posibilidad de abrir un centro de consejería, a fin de satisfacer las necesidades de las muchas personas con problemas emocionales y espirituales que estábamos hallando en medio del trabajo de la iglesia. Un día, mientras estábamos sentados en el vestidor, discutiendo unos planes para mandar algunos de los nuestros al extranjero a fin de que recibieran entrenamiento profesional en consejería, fuimos interrumpidos por unos golpes urgentes en la puerta. Uno de los ancianos abrió la puerta. De pie en la entrada había una mujer alta y delgada, vestida con una ropa desteñida y raída. Estaba descalza, y su cabello no estaba peinado correctamente, pero parecía no tener vergüenza alguna de estar así ante nuestra presencia. Pude ver en su rostro las marcas de la pobreza extrema, y además vi que, aunque estaba casi derrotada, no se había dado por vencida aún.

—He venido a pedirles que oren — dijo con voz desesperada —. Me urge muchísimo tener una cama *vono*, y no tengo los medios para conseguirla. Dios me la tiene que proveer.

¡Una cama *vono*! Era algo casi increíble. La cama *vono* era nada menos que un colchón de muelles. Cierto que para los pobres, una cama así era un lujo — la mayoría de ellos dormían en el piso sobre esterillas de paja — pero nunca había escuchado que alguien pensara que un simple colchón fuera motivo urgente de oración. Me parecía especialmente extraño en este momento, cuando nuestro país entero se hallaba en

serias dificultades. Dios estaba haciendo una obra poderosa en nuestros medios. ¡Seguramente, todos teníamos asuntos de mayor peso en los cuales pensar!

Uno de los ancianos le prometió que oraríamos por la cama, y después de darle seguridad repetidas veces a la mujer, ésta salió de la habitación. Inmediatamente olvidé su petición y me sorprendió que, durante nuestro momento de oración, varios ancianos recordaran el colchón de la mujer. Todo aquello me pareció más trivial que nunca, y me alegré cuando seguimos a otros asuntos. Después de la reunión, al salir del vestidor, encontramos a la mujer aguardándonos en la puerta. Nos exigió que le informáramos si habíamos orado por su cama. Le aseguré que lo habíamos hecho, pero casi no pude contener el tono de irritación que había en mi voz. La mujer no pareció notar que yo estaba molesto. Sólo me dio las gracias y se marchó.

El domingo siguiente, la mujer estaba en la iglesia haciendo un gran alboroto. Mandé a un ujier a preguntar qué sucedía, y volvió a los pocos minutos acompañado por ella. Su rostro brillaba y casi estaba danzando de la emoción. Cuando me vio parado entre la multitud, gritó: — ¡El reino de Dios ha venido! ¡El reino de Dios ha venido! ¡Jesús me ha dado una cama *vono*!

Asentí con la cabeza, y le sonreí, mostrando mi agradecimiento por la oración contestada, pero no inquirí nada más acerca de su historia. Tenía curiosidad en cuanto a cómo había hallado un colchón, pero estábamos parados cerca de un lugar donde se sentaban muchos miembros prominentes de la iglesia. No quería fomentar la emoción excesiva de la mujer ni identificarme con su comprensión simplista del Evangelio.

A pesar de lo rápido que liquidé el asunto, el recuerdo de la emoción de la mujer permaneció conmigo durante varios días. — ¡El Reino de Dios ha venido! ¡Jesús me ha dado una cama *vono*! — Me preguntaba si sería verdad.

¿Habría alguna relación entre la venida del Reino y el hecho de que esta pobre mujer ya no estaba durmiendo entre harapos, sino en un colchón? Y si la hubiera, ¿en qué consistía?

Comencé a escuchar con un criterio renovado las oraciones de petición y acción de gracias que venían de los miembros de la congregación. Teníamos un largo período para compartir testimonios antes de cada servicio, y estábamos recibiendo más de doscientas cartas semanales de personas cuya vida había sido tocada por Dios en nuestros servicios. A través de los testimonios escritos y verbales, el mensaje se repetía una y otra vez. Dios estaba resolviendo las necesidades de sus hijos. Los estaba bendiciendo no sólo con bendiciones espirituales y sanidades físicas, sino dándoles además cosechas grandes, precios justos, reconciliaciones y embarazos. El matrimonio, los campos, los trabajos... Parecía no haber actividad alguna de la vida tan insignificante, que no fuera tocada por su gracia.

Estos testimonios me llevaron a releer la historia del ministerio terrenal de Jesús. Mientras más leía y meditaba acerca de su vida, más veía lo poco adecuado que era mi propio enfoque del Evangelio. Yo trataba a las personas desde mi condición de experto conocedor de las Escrituras. Cristo iba a su necesidad misma. Cuando un ciego le pidió a El que restableciera su vista, Jesús no le dio una religión. Le dio la vista. Sólo más tarde lo visitó por segunda vez para darle el mensaje de salvación.

Pensé en la mujer y su cama *vono*. Su problema quizá no fuera tan serio como el del ciego, pero su experiencia con la gracia de Dios era la misma. Había escuchado el mensaje del Evangelio, no como una serie de conceptos abstractos, sino como un conjunto de promesas concretas, y cuando tuvo necesidad de un colchón, alzó la vista hacia Dios. El utilizó su necesidad para comunicarle su amor. Ahora, cuando anocheciera en Kampala, habría

muchas personas durmiendo en cama, pero sólo una mujer estaría durmiendo en una cama que había manifestado la gloria de Dios.

Esta comprensión trajo consigo un nuevo entendimiento de la importancia de la brujería en medio de mi pueblo. Yo sabía que éramos un pueblo necesitado. No podíamos darnos el lujo de recibir respuestas abstractas. No podíamos darnos el lujo de separar la doctrina de la vivencia. Aun nuestra forma de hablar refleja esta necesidad de lo concreto. La palabra "verdad" para un africano no occidentalizado, no se refiere a la correspondencia entre una aseveración y una realidad palpable. La verdad es una cualidad de las "cosas". Un árbol de mango es verdadero si produce mangos dulces. Un hombre es verdadero si sabe enfrentarse a las situaciones difíciles sin perder la cabeza, si sabe dirigir su hogar, controlar su temperamento y resistir los chismes.

Una religión es verdadera si funciona, si satisface todas las necesidades del pueblo. Una religión que habla sólo al alma del hombre y no a su cuerpo, no es verdadera. Los africanos no hacemos distinción alguna entre lo espiritual y lo físico. Lo espiritual no es una categoría entre muchas categorías, sino un lente a través del cual se visualiza toda la vida. Un miembro de la tribu de mi aldea sabe que cortar un árbol, escalar una montaña, hacer un fuego, sembrar un huerto e inclinarse ante los dioses, son todos actos religiosos. Vive en la presencia de los dioses, y sabe que sin una intervención de ellos, sin *baraka* — bendición — no hay nada. No hay cosecha de café, no hay madera para el fuego, no hay esposa, no hay hijos.

Para tales personas, que viven en una fatiga diaria al borde de la nada, la brujería no es un conjunto de creencias. Es una forma de vida. Jamás he escuchado a alguna persona pobre o necesitada discutir la filosofía de la brujería. Su único interés es lo que hace, y que

funciona. Un ugandés bien instruido me dijo en una ocasión, refiriéndose a sus visitas a una curandera: — Sé que es algo diabólico, pero por lo menos es algo sustancial. — Una señora joven, que estaba tratando desesperadamente de recuperarse de un colapso nervioso, me dijo que si Dios no podía ayudarla en su inestabilidad mental, ella conocía una diosa que sí podía. En aquel momento, encontré estas palabras ofensivas, pero ahora pude comprender algo que ambas personas tenían en común: eran personas necesitadas. No estaban buscando una visión del mundo, sino un poder que transformara su vida. Si el cristianismo no podía ayudarles, el brujo sí lo haría.

Esta lección, mi padre trató de enseñármela hacía muchos años. Durante mi primer año como estudiante en la Universidad de Makerere, conduje a decenas de equipos evangelísticos de estudiantes en reuniones por las calles de Kampala. Las reuniones fueron altamente exitosas, y esta obra de gracia en la vida de personas desconocidas encendió en mí el deseo ardiente de volver a mi familia y ver salvo a mi padre. Le escribí varias cartas acerca del juicio de Dios sobre su vida y de la necesidad de arrepentirse.

Volví a la casa de mi padre durante las vacaciones largas, al final del semestre escolar. Mi madre había muerto en 1962 debido a una complicación durante un embarazo, y al poco tiempo mi padre y varios miembros más de la familia se mudaron de la aldea de Banga. En aquel momento estaban viviendo y trabajando en la agricultura en Nyize, una remota aldea situada a unos ciento diez kilómetros al este de Kampala.

Llegué a Nyize en medio de la cosecha de algodón. Mi padre me recibió con un saco en las manos, y luego de una breve bienvenida, salimos a los campos. Cada mañana nos levantábamos temprano y pasábamos el día recogiendo y limpiando el algodón. Mientras trabajá-

bamos, pasábamos largas horas en silencio, y largas horas también envueltos en la conversación. Hablábamos acerca de la aldea, de mi madre, del precio del algodón y de las nuevas costumbres que provenían de la ciudad. Hacíamos adivinanzas, e intercambiábamos proverbios. Mi padre era un hombre de respeto, el subjefe de la aldea, y me sentía honrado de trabajar a su lado. Sin embargo, nunca hablé del mensaje que había traído desde Kampala. Me había acostumbrado demasiado a estar gritando desde la distancia, y ahora que estábamos cara a cara, no tenía nada que decir.

Tres veces por semana, cerca del anochecer, dejaba a mi padre para ir al bazar de la aldea a predicar el Evangelio. Era sólo un pequeño mercado con seis o siete tiendas, pero durante la cosecha del algodón, estaba lleno de gente. Había agricultores con su ropa polvorienta del trabajo, cargando los sacos de algodón rumbo a las pesas de la desmotadora de algodón, y había comerciantes vendiendo aceite de cocinar, harina de maíz, sal y pan dulce. Había dependientes con ollas de hojalata y vasijas de barro. Era ésta la gente a la que yo le predicaba, y siempre había una gran multitud, incluyendo perros, cabras y gallinas, listos a escuchar mi mensaje.

La respuesta al mensaje era buena. Los aldeanos estaban deseosos de escuchar las palabras de salvación, y la gracia de Dios tocó muchas vidas. Pero mientras estaba ahí parado en el medio del bazar, confesando mis pecados y compartiendo las buenas nuevas de la redención, a menudo me hallaba deseando que mi padre viniera a escucharme. Quería que él encontrara la gracia que yo había hallado; quería que él conociera a Jesús.

Nunca vino. Nuestro hogar distaba sólo unas cuantas casas del bazar, y a veces, precisamente cuando empezaba a predicar, él pasaba caminando cerca de la multitud, rumbo a la casa de mi abuela para visitarla.

Pero nunca se detuvo y nunca pareció escuchar. ¿Por qué Dios tocaba los corazones de los aldeanos y no el corazón de mi padre? ¿Por qué no contestaba mis oraciones?

Una noche, cuando el sol se ponía sobre la aldea, regresé a casa cansado, pero contento. Había predicado por más de tres horas, y varias personas habían aceptado el mensaje. Mi padre comentó que había visto una gran multitud en el bazar y le conté el éxito que había tenido mi mensaje. Muchas personas de nuestra aldea se estaban convirtiendo a Cristo. El poder de Dios se estaba dejando sentir. Dentro de poco toda la aldea sería transformada.

Cuando terminé de hablar, mi padre permaneció en silencio durante mucho tiempo. Finalmente habló: — Hijo, piensa en las mujeres que había en el bazar. Una de ellas pelea con su marido casi todas las noches. ¿Tus palabras pueden transformarla?

Comencé a hablarle a mi padre acerca del poder de Dios, pero él aún no había terminado. — Piensa en el esposo. El trabaja todo el día en el campo para traer dos pequeños sacos de algodón al mercado. Monta una bicicleta rota. Hace una larga fila. Al final, lo engañan las pesas falsas de comerciantes asiáticos poco honrados. Toma su dinero y contempla sin esperanza todos los productos a la venta en el mercado. Hay camisas de algodón, trajes de algodón, colchonetas de algodón y zapatos. Quizá esté mirando el algodón que él recogió con sus propias manos. No obstante, no puede comprar una camisa de algodón. Lo poco que tiene nunca será suficiente. Compra unos cuantos kilos de carne, y se va para su casa sin nada más en las manos. Pelea con su esposa y maltrata a sus hijos. No hay dinero en el hogar durante el resto del año. No hay paz y no hay gozo. ¿Qué relevancia tienen tus palabras para él?

Mi padre caminó hasta la puerta de nuestra casa, y

señaló una colina cuya sombra comenzaba a caer sobre la aldea.

— En la cima de esa montaña, vive el dios de la aldea de Nyize. De él tomamos nuestro nombre. Nyize significa "Estoy furioso". Cuando viene la sequía, sabemos que Nyize está enojado. Le llevamos comida y cerveza a la serpiente pitón de la montaña. Nos sentamos en la hierba frente a su cueva y hacemos nuestro fuego. Batimos los tambores, cantamos y bailamos y colocamos huevos frente a la cueva. Cuando la serpiente pitón viene a comer, sabemos que el dios ha aceptado nuestro sacrificio.

— Entonces celebramos una ofrenda de acción de gracias. Matamos nuestras cabras y nuestras gallinas. Le ofrecemos su sangre a Nyize y asamos la carne para comer. Todo aquel que ofrezca sangre puede pedir un deseo. — Mi padre se detuvo, y se mantuvo callado por un momento.

Luego continuó diciendo: — Una vez conocí a un hombre que quería ser jefe. Le sacrificó tres cabras a Nyize. Ahora es el jefe de los *muluka*. Y hay muchos otros casos. Mujeres estériles que se convierten en madres, solteros que encuentran esposas, y campos de algodón y de café que prosperan.

Estaba desilusionado con las palabras de mi padre. No comprendía qué relación guardaban con las buenas nuevas que yo predicaba, y pensé para mis adentros: *Es inútil seguir predicando. Está evadiendo el reto de mi mensaje. Sus oídos están sordos al Evangelio de Jesucristo.*

Miré hacia el suelo, esperando que mi padre se diera cuenta de que yo estaba triste y me preguntara la razón de mi tristeza. Entonces tendría la oportunidad de compartir el mensaje del Evangelio con él.

Pero mi padre continuó hablando. — Conocí a otro hombre que era seguidor de Jesucristo. Asistía a la

iglesia todos los domingos. No bebía cerveza de plátano. Cuando su manada de ovejas se enfermó, la iglesia no le dijo nada. Fue donde un brujo a comprar una bendición. Ahora su manada es la más grande de la aldea.

Mi padre dejó de hablar y me miró. Vio que yo aún no había entendido su mensaje y quería que supiera lo que él quería decirme.

Entonces me dijo: — El hombre todavía asiste a la iglesia. Es como tus convertidos. Asisten a la iglesia los domingos, pero cuando necesitan que alguien se interponga entre sus rebaños y la muerte, ellos saben a dónde ir. En tales momentos los hombres no necesitan palabras; necesitan poder.

Cuando terminó, permanecimos sentados en silencio por largo rato. Yo sabía que las palabras de mi padre eran ciertas. La gente del campo mezclaba su fe en Jesucristo con la práctica de la brujería. Visitaba al pastor de su iglesia los domingos, pero los lunes visitaba al brujo. Confiaba los asuntos de la vida diaria al brujo, quien arreglaba sus matrimonios, resolvía sus peleas, y garantizaba sus cosechas. Pero, ¿qué relación tenía esta triste historia con el mensaje que yo predicaba? Los dioses nativos tenían un fuerte arraigo en la vida de la aldea, debido a la falta de educación de los aldeanos. No sabían nada acerca de la ciencia ni del éxito de la tecnología occidental. No sabían nada acerca de la agricultura y de la medicina moderna. Su mundo estaba lleno de experiencias que no podían explicar, y no me sorprendía de que su fe cristiana revelara su ignorancia. Pasarían varias generaciones antes de que el fruto del Espíritu pudiera verse con claridad.

Con estos pensamientos, me escondí de la sabiduría de mi padre. Mis oídos estaban sordos a sus palabras de preocupación por los pobres, y no le escuché decir: — ¿Qué tiene que ver Jesús con los sufrimientos de mi pueblo?

Había tratado de decirme: — Los seres humanos son criaturas con muchas necesidades. Hay algunos con unas necesidades tan profundas, que no pueden escuchar tu doctrina. Son criaturas que necesitan comida, lluvia, salarios justos y matrimonios buenos. Necesitan un Dios que se preocupe por los detalles de su vida. Si el Evangelio que predicas no les habla a sus necesidades humanas, entonces es algo inútil. No puede competir con el brujo ni con los dioses.

El recuerdo de las palabras de mi padre y mi experiencia con la mujer de la cama *vono*, trajeron una comprensión nueva y más madura a mi vida. El reino de las tinieblas invadía todos los aspectos de nuestra vida. La muerte y la destrucción que estábamos experimentando en Uganda eran sólo uno de los medios de Satanás para destruir a los hombres, y no había actividad de la vida que no le preocupara. Estaba dispuesto a utilizar las más pequeñas de las necesidades humanas a fin de comunicarse a la humanidad y aumentar su control sobre la creación de Dios. Al mismo tiempo, dondequiera que Satanás tenía un punto fuerte, el poder redentor de Jesucristo era mayor. Cristo había reconciliado consigo mismo *todas las cosas*. Nosotros los ugandeses cristianos no habíamos comprendido esta visión total del Evangelio. Eramos testigos del Reino de Dios como un poder directo contra el reino de las tinieblas en las actividades diarias de nuestras vidas. Muchas veces habíamos visitado hogares pobres, recibiendo una taza de té de sus manos y luego habíamos abierto nuestras Biblias para darles tranquilizantes espirituales. No habíamos visto que su miserable estado era parte del dominio de Satanás. No habíamos compartido con ellos las buenas nuevas de que el Evangelio que daba poder al convertirse, daba poder también para sobreponerse a su pobreza económica.

Errores similares se habían cometido en cuanto a la

política. Era costumbre entre los cristianos de Uganda orar pidiendo buenos líderes. Al mismo tiempo, si un creyente anunciaba su intención de dedicarse a una carrera política, se hacían vigiliias de toda la noche por él. ¡Seguramente, nadie escogería la política a menos que se estuviera "enfriando"! Kiwanuka era la única persona que había ignorado estas presiones de la comunidad cristiana. Después de su conversión, casi todas sus amistades cristianas lo habían exhortado a que dejara todas sus afiliaciones políticas. Kiwanuka se limitaba a dedicarse a ellas con más entusiasmo aún. Decía: — ¡Dios ha hecho que el hombre sea un animal político, y por lo menos yo, voy a ser un hombre!

Ahora me preguntaba si la comunidad cristiana misma no tendría alguna responsabilidad por el régimen de Idi Amín. Cualquiera que fuera la respuesta, había llegado el momento para que la Iglesia se moviera en una nueva dirección. Si la redención de Cristo es integral, el mensaje que predicamos tiene que alcanzar a la totalidad de la existencia humana.

Compartí esta creencia con el comité de ancianos en enero de 1973, y comenzamos a hacer planes para ampliar el ministerio de nuestra iglesia. Llegamos al acuerdo de prepararnos para hacerle frente a Satanás en todos y cada uno de los puntos de ataque. Decidimos enviar personas calificadas de nuestros medios al extranjero, para que recibieran entrenamiento en teología, administración de empresas, imprenta, agricultura y trabajo social. Comenzaríamos a enseñarle a nuestro pueblo que la iglesia no sólo era un depósito, sino también un canal de la bendición de Dios. Haríamos énfasis sobre la naturaleza integral de la redención y, como iglesia, comenzaríamos a hacer que las promesas concretas de Dios se hicieran visibles.

Nuestra visión para el ministerio futuro no era opacada por el reinado de terror de Amín, sino al contrario, era

fortalecida. Nos parecía que su gobierno sería corto. Sus enemigos ahora sumaban cientos de millares, y ya habían ocurrido varios atentados contra su vida. No pasaría mucho tiempo antes de que hubiera un golpe de estado exitoso, o que una nación extranjera interviniera a nuestro favor. Hasta ese momento, estaríamos dispuestos a esperar y orar.

¹Estas son las palabras del delegado libio que le entregó el dinero al Consejo Supremo Mahometano de Uganda. Tanto esta información como la relacionada con la "lista de los dos mil" de Amín, circularon primero como un memorándum secreto de alta seguridad redactado por E. B. Rugamayo, exministro de Educación en Uganda. Su testimonio fue publicado después por la Comisión Internacional de Juristas sobre Uganda y los Derechos Humanos, "Informe a la Comisión sobre Derechos Humanos de las Naciones Unidas", 1977.

¡Dénos el rifle!

A principios de febrero de 1973, hubo en Kampala una nueva ola de matanzas. Amín y sus consejeros redactaron una lista de los mil ugandeses prominentes — profesores, comerciantes, líderes de iglesias, funcionarios del gobierno y otros — y fijaron un programa para ejecutarlos. Diez escuadrones de asesinos, la mayoría nubios del brutal Buró Estatal de Investigaciones, fueron encargados de perseguir a las víctimas y liquidarlas.

El sistema que utilizaban para los arrestos era casi siempre el mismo. Los asesinos nubios, vestidos con su "uniforme" de lentes para el sol, camisas floreadas y pantalones acampanados, entraban a una oficina o a un hogar a plena luz del día. Llamaban a la víctima por su nombre y la humillaban frente a sus empleados o a los miembros de la familia. Luego, el aterrorizado hombre era amarrado, y arrastrado hasta el baúl de un auto que estaba esperando. Sus gritos pidiendo auxilio carecían de significado. Nadie se atrevía a prestarle ayuda.

Sólo algunos fueron asesinados en el acto. Los demás eran llevados a la prisión, donde los torturaban hasta morir, usando los métodos más sádicos. En una prisión, el Colegio Naguru, los engañaban para que se mataran unos a otros. Se les prometía la libertad si mataban a otro con un mazo. Cuando moría su compañero, se traía a otro prisionero al patio con la misma promesa de libertad a cambio de matar al "verdugo" con el mismo mazo. La cadena continuaba así durante horas. Los sol-

dados y los nubios se reunían en el patio para ver el sangriento espectáculo. Bebían ginebra, reían y hacían chistes. Cuando las matanzas eran rápidas y misericordiosas, maldecían llenos de enojo. Cuando eran lentas y dolorosas, se regocijaban. Sus corazones estaban entrelazados en una terrible celebración de muerte y sufrimiento.

Los cuerpos de las primeras víctimas de Amín eran enterrados en fosas comunes. Más tarde los echaban al río o los quemaban con gasolina. Ahora, simplemente dejaban que decenas de cuerpos se descompusieran en las calles de Kampala sin sepultura alguna. Ni los gruesos muros de piedra de la Universidad de Makerere eran capaces de mantener fuera a los muertos. En más de una ocasión, al ir rumbo a mi clase, pasé junto a cuerpos mutilados.

Un día durante el mes de enero de 1973, asistí a una reunión del departamento de Bellas Artes de la Universidad para discutir con mis colegas un plan de desarrollo de cinco años. La reunión procedía con lentitud, y mi mente divagaba a menudo. Pensaba en las preocupaciones inmediatas de la iglesia y me preguntaba cuánto más podría continuar desempeñándome como pastor y profesor. Ambos eran trabajos de tiempo completo, y raras veces tenía tiempo para mi familia. Nuestra hija Damali tenía casi un año de edad y se estaba criando sin mis atenciones. Con todo esto en la mente, mi mirada chocó con la mirada de otro profesor. Era un hombre brillante, de rostro compasivo y amigable, y pude ver que él también sentía una honda preocupación. Cambió la mirada, pero a los pocos minutos habló en voz alta. Su voz se escuchaba apagada, como si estuviera viviendo en un sueño.

— Es muy extraño — comentó —. Estamos aquí sentados para discutir un plan de cinco años, y ahora mismo, mientras me dirigía hacia este edificio, pasé al lado de cinco cadáveres.

* Se rió nerviosamente, y miró hacia el piso. Por unos momentos nadie habló. Cuando el presidente trató de continuar con la discusión, tuvo poca acogida. Nuestro colega había expresado el secreto que estaba enterrado en lo profundo de cada corazón. No tenía lógica preocuparnos por hacer planes para cinco años. ¡Carecía de sentido hablar acerca del futuro! ¡Carecía de sentido hablar del mañana! Pensé en los ancianos de la iglesia y nuestros audaces planes para comenzar un nuevo ministerio. ¿Qué estábamos pensando? Tales planes sólo eran sueños vanos. Eramos una nación entera que desconocía el curso que tomaría nuestra vida de un momento a otro. Sólo el presente era nuestro.

La reunión terminó pronto. Dos días más tarde, el hombre que había expresado nuestros temores más profundos, hizo sus maletas y, sin despedirse, huyó a Inglaterra.

Fue por aquellos días cuando se llevaron a cabo las primeras de las muchas ejecuciones públicas de Uganda. A principios de febrero, Amín arrestó a unos doce ugandeses, incluyendo a un joven de dieciséis años de edad, y los acusó de conspirar contra el gobierno. Las víctimas fueron seleccionadas con premeditación de entre siete municipios distintos donde Amín necesitaba reforzar su posición, y cada uno fue ejecutado en su pueblo natal correspondiente.

El día de las ejecuciones conducía mi auto por Kampala para ir a la iglesia a dar consejería. Eran cerca de las doce, y al acercarme al sector principal de la ciudad, vi una gran multitud que se dirigía hacia la Torre de la Reina, una torre de reloj que no estaba mucho del centro. Había un ambiente festivo en el aire, y parecía que todos los hombres, las mujeres y los niños de Kampala estaban en la calle. Las caras que veía mostraban a veces confusión, pero casi siempre estaban alegres y emocionadas. Eran los rostros de las personas

cuyas esperanzas habían sido destruidas pero que, durante algunas horas, encontraban un "chivo expiatorio".

Mi auto quedó detenido por completo frente al estacionamiento de autobuses, por una multitud de peatones ruidosos que gesticulaban. Me bajé del auto para ver lo que ocurría y en ese preciso momento, la multitud se dividió y pude ver a un hombre con una soga alrededor del cuello, al que llevaban halado por toda la calle en dirección a la torre. Sus manos estaban atadas y el sudor bajaba a chorros por su rostro. Tenía los ojos muy abiertos por el terror, pero no parecía prestarles atención a los gritos y las maldiciones que se amontonaban sobre su cabeza.

Cuando pasaba frente a mí, un niño que estaba hacia mi lado izquierdo, se asió con fuerza de la mujer que estaba parada a su lado y gritó: — Mamá, ahí va papá.

Rápidamente cambié la mirada, pero en ese momento dejé de ser un espectador y me identifiqué con el hombre de la soga. Grité en silencio: *¡Oh Dios mío! ¿No hay suficientes huérfanos y viudas? ¿No puedes salvarle la vida ni siquiera a este hombre?* Lo miré mientras se tambaleaba por la calle hasta que la multitud se cerró de nuevo, y ya no pude verlo. Volví a mi auto, y tomé otra calle secundaria hasta la iglesia, pero al llegar ya había perdido toda la fuerza para aconsejar. Escuché a medias las quejas domésticas de la pareja que estaba sentada frente a mí y pronto me excusé y volví a mi hogar.

Las ejecuciones fueron televisadas durante toda la tarde. Las matanzas eran atestiguadas directamente en las salas y las tabernas de toda la ciudad. Las víctimas eran atadas a unos árboles con el cuerpo desnudo a excepción de unos delantales blancos que facilitaban que las cámaras de televisión pudieran mostrar la sangre saliéndoles a borbotones del pecho. Los rostros aterrori-

zados y las expresiones de espanto de sus familiares y amigos hacían un marcado contraste con las facciones impersonales y despiadadas del pelotón de fusilamiento. Las cabezas de las víctimas eran cubiertas con una capucha en el último momento, y al compás de una animada música militar, se daba la orden de disparar. Los hombres se desplomaban hacia el frente, muertos.

Las tonadas ejecutorias sonaron durante todo el transcurso del día por la radio y en las calles. Al final del día, mi mente daba vueltas con el sonido. Desde ese día en adelante, la vida de Uganda pareció hacerse cada vez más desesperada. Los terrenos de la iglesia quedaban a poca distancia de la carretera principal entre Kampala y la prisión Makindye, y nuestros servicios fueron interrumpidos en más de una ocasión por gritos escalofriantes que procedían de autos que pasaban. Tanto en el campo como en el centro de Kampala, era muy común ver pasar un lujoso auto del gobierno, con piernas saliéndose del baúl.

Un día, una mujer que trabajaba en el servicio de comida en la prisión Luzira vino corriendo al vestuario de la iglesia durante mis horas de consejería. Estaba aterrorizada. Con voz histérica me contó que acababa de ver más de cincuenta cuerpos humanos sin cabeza y sin brazos. Habían sido llevados a la prisión en sacos de algodón por uno de los miembros de nuestra iglesia. La mujer demandaba que tomáramos acción disciplinaria contra el hombre, que lo censuráramos en público y que lo quitáramos de nuestra lista de miembros. La miré fijamente, paralizado por la incredulidad, y entonces moví la cabeza con un gesto negativo. La iglesia no podía hacer nada. Si los ancianos censuraban al hombre, todos moriríamos. Si la iglesia lo censuraba, sería destruida. Nadie podía hacer nada. Nuestra impotencia era total.

El desaliento de tales momentos se amontonaba

sobre nuestras cabezas como las nubes de una tormenta. El orden de vida que una vez conocimos se había desbaratado por completo, y hubo momentos en que nos parecía a todos que Dios se había olvidado de que lo necesitábamos. Pero una noche a fines de febrero, en un momento en el que todas nuestras fuerzas parecían haberse esfumado, un anciano de la Iglesia Redimida experimentó la providencia especial de Dios.

El doctor Joseph K.¹, anciano distinguido del comité de la iglesia, era el destacado jefe de uno de los hospitales más grandes de Kampala. Había estudiado en Londres, y vivía junto a su esposa en una enorme mansión de ladrillos blancos con cinco dormitorios, techada con hierro corrugado. Su patio era un jardín bien atendido con plantas exóticas, y le gustaba recorrerlo con sus visitas señalando los nombres de todas sus plantas decorativas en latín. Cantaba en el coro de la catedral, y era famoso por su conocimiento de las tradiciones de Uganda y de los destacados hombres ugandeses del pasado.

La noche en cuestión, el doctor K. y su esposa se habían acostado temprano. A medianoche, sus perros comenzaron a ladrar de manera estridente, y al poco tiempo escucharon unos pesados pasos sobre el portal. Este estaba rodeado con alambre de púas, así que el doctor K. supo de inmediato que un intruso había entrado en su patio. Se levantó de la cama y tomó el rifle que usaba durante sus frecuentes cacerías. Después de cargarlo, llamó a su esposa, se sentaron juntos en la habitación del frente y comenzaron a orar. Antes de que hubieran terminado, escucharon un ruido contra la ventana del lado este, y al mirar en esa dirección vieron las espaldas de un hombre grande. El doctor K. tomó el rifle en sus manos y estaba preparándose para disparar cuando de repente, sus manos comenzaron a temblar sin control. El doctor era un cazador experimentado, y

nunca había sido intimidado, ni por los animales más feroces, pero ahora se sintió incapaz de halar el gatillo.

En ese preciso momento tumbaron la puerta de su hogar. Seis nubios entraron a la sala. Algunos estaban vestidos con uniformes del ejército, y los demás vestían camisas floreadas de colores llamativos. Cuando vieron al doctor con su rifle levantado, se rieron.

— Es usted un tonto — le dijeron —. ¡Dénos el rifle!

El doctor K. se lo dio, y ellos le dijeron que se acostara boca abajo en el piso. Le juraron que cualquier movimiento podría ser el último. Dos hombres permanecieron en la habitación con él mientras los demás le ordenaron a la señora K. que los llevara a través de la casa y les mostrara dónde se guardaban las posesiones más valiosas de la familia.

Los soldados tomaron todo cuanto estaba a su alcance: dinero, plata, ropa, loza, radios y el televisor. Cuando terminaron de saquear, lo montaron todo en el auto del doctor, incluyendo su rifle, y se lo llevaron, vitoreando y riéndose. Mientras se marchaban por la calle, el doctor y su esposa corrieron hasta la ventana de la sala y miraron hacia fuera. Una furgoneta en la que había decenas de soldados estaba saliendo por el camino privado de la casa. El doctor K. y su esposa entendieron de inmediato el milagro que había ocurrido en aquel lugar: si el doctor hubiera disparado el rifle, ambos estarían muertos. Cayeron de rodillas en acción de gracias a Dios, alabándolo por haber guardado sus vidas.

A la tarde siguiente a la invasión al hogar, visité a la familia para expresarle mis condolencias. El doctor K. en persona me recibió a la puerta. Era un hombre maduro, parcialmente calvo, y a pesar de que parecía estar un poco aturdido, me invitó a entrar con la misma hospitalidad cordial que me hacía esperar con agrado una visita a su hogar. Su esposa estaba en la habitación del frente

con varios vecinos, y el doctor K. estaba en ese momento contándole la historia a este pequeño grupo de simpatizantes. Mi llegada fue razón suficiente para comenzar de nuevo a contar su historia desde el principio.

Hablaba con una serena dignidad, y me sorprendí de ver cuán poco parecía estar afectado por el saqueo de su hogar. Era esta fortaleza interior la que lo había convertido en una de las personas más respetadas del comité de ancianos. Juntos, él y Joe Kiwanuka "el bromista" eran líderes expertos que ayudaban en los asuntos de la iglesia. Eran muy buenos amigos, pero mientras Kiwanuka tendía a ser impulsivo y extravagante en todas sus acciones, el doctor K. a menudo era quien sosegaba los ánimos. Tenía una manera de ser muy cordial y siempre que había una disputa, se cuidaba de medir sus palabras a fin de no ofender a nadie. De esta manera, traía un espíritu de paz y reconciliación a nuestras reuniones, que a veces resultaban un poco explosivas.

Cuando el doctor K. terminó su historia, y sus vecinos se excusaron, nos llamó a su esposa y a mí para orar. Entonces le habló a Dios de una manera humilde y confiada, pidiéndole que vindicara los agravios hechos a su pueblo por amor de su justicia. Oró diciendo: — Padre celestial, lo hemos perdido todo, y no tenemos ningún otro tribunal ante el cual apelar. Sólo Tú puedes ayudarnos. Nos ponemos en manos de tu misericordia.

Aunque había venido al hogar del doctor K. preparado para escuchar lamentos y depresión, salí con el corazón lleno de regocijo. Era cierto: no teníamos ningún tribunal terreno donde apelar. No había policías, soldados ni funcionarios del gobierno a quienes pudiéramos acudir pidiendo auxilio. No nos quedaba cosa alguna. Habíamos descendido tanto que sólo Dios podría ayudarnos ahora. Yo confiaba en su misericordia.

Dos semanas más tarde, un domingo por la mañana,

el doctor K. irrumpió en el vestuario de la iglesia. Su rostro brillaba de la alegría y casi no podía contener la risa mientras contaba su historia. El día anterior, su auto fue hallado en medio de la carretera a Katwe, como a un kilómetro de la iglesia. Los conductores del auto se habían visto involucrados en un accidente, y cuando comenzaron a reunirse los testigos, habían huido del escenario de los hechos. El registro estaba a nombre del doctor K. Este fue llamado y cuando se presentó para reclamar su auto, encontró en él las posesiones que habían sido robadas en su casa. Parecía que los mercenarios que le habían robado, carecían de residencia permanente, y habían dejado todo, inclusive su rifle, encerrado bajo llave en el baúl. Lo único que faltaba era el dinero para gastos menores.

Esa tarde, al son de acciones de gracias en alta voz por parte de la congregación, el doctor K. testificó de la providencia de Dios ante toda la iglesia. Cuando terminó la historia de sus posesiones recuperadas, mandó a toda la congregación a que se quitara el calzado diciendo: — Estamos en el Lugar Santísimo. Dios está en medio de nosotros. Y si alguna vez están bajo un ataque, si necesitan ser guardados de asesinos salvajes, no tienen por qué temer. Jesucristo estará a su lado.

La experiencia del doctor K. con los soldados de Amín trajo una profunda y firme convicción a su vida. Desde ese día en adelante estaba convencido de la protección de Dios. Meses más tarde, cuando su vida estuvo de nuevo en peligro, se negó a abandonar el país.

— Dios me rescató de los soldados una vez — le contestó al amigo que le trajo la advertencia —, y lo puede hacer de nuevo. El me ha mostrado su protección, y me ha dado esta responsabilidad. Debo permanecer en Uganda.

La liberación del doctor K. también trajo una nueva convicción a mi corazón. Aquel domingo, mientras lo

112 *Una angustia lejana*

escuchaba hablar ante la iglesia, los desalentadores acontecimientos de las semanas anteriores parecieron desprenderse de mis hombros. Recordé la visión que había compartido con los demás ancianos de hacer que la iglesia fuera un canal de la bendición de Dios. Al cuidar de la vida del doctor K. y de sus posesiones, Dios demostraba que había confirmado este ministerio. En medio del caos de nuestra existencia, El había hablado con claridad acerca de su fidelidad y nos recordaba una vez más su preocupación por la vida de cada uno de nosotros.

¹ Algunos nombres fueron cambiados por el autor para proteger la vida de los que aún vivían en Uganda bajo el gobierno de Idi Amin. (Este fue derrocado en abril de 1979. N. del E. en castellano.)

~ 10 ~

El dolor humano, ¿una angustia lejana?

Las ejecuciones públicas del mes de febrero marcaron el fin del gobierno civil en Uganda. Desde ese día en adelante, el poder de Amin fue absoluto. Disolvió todo su gabinete y reemplazó a los ministros civiles por mahometanos del ejército. Desarmó el ejército legal de Uganda y les dio las llaves de las armerías a los mercenarios nubios. Creó nuevas listas de líderes que debían morir, y comisionó nuevas escuadras de asesinos. Al cabo de un año, la mayor parte de los hombres que hubieran podido salvar a Uganda de su régimen, estaban muertos o en el exilio.

Un poco después de las ejecuciones, volví al centro de la ciudad para hacer unas diligencias familiares con mi esposa. Llevé a Penina a una sastrería en la carretera de Kampala y de allí seguí unas tres cuadras adelante, en una diligencia personal. Las calles estaban llenas de clientes mañaneros, y tuve que dar vueltas en mi auto durante varios minutos antes de hallar un estacionamiento.

Acababa de estacionarme, y me estaba bajando del auto a la orilla de la calle, cuando escuché una gigantesca explosión. Esta fue seguida por varias explosiones más pequeñas y por gritos de terror. En dirección a la sastrería se levantaban hasta el cielo unas negras nubes de humo.

Corrí hacia el humo con profundo temor en el corazón. Cientos de personas corrían frenéticas en todas direcciones, empujándose unas a otras y gritando. Algunas vociferaban: — ¡Los mercenarios han hecho estallar la ciudad! — Otras —: ¡Hoy moriremos todos! — En todas las esquinas de la ciudad comenzaron a sonar campanas.

Al llegar a la orilla de la carretera de Kampala, pude ver desde allí la sastrería. Mi corazón se inundó de profundo alivio. La sastrería aún estaba en pie. Varios centenares de metros más abajo en la calle, se levantaba un muro de fuego que se erguía alto en el aire, y contra su luz pude ver las oscuras sombras de figuras humanas que corrían de un lado al otro. Mientras corría hacia la puerta de la sastrería, el aullido estrepitoso de las sirenas llenó el aire, para luego cesar. Los primeros camiones de bomberos y trabajadores de rescate llegaron al incendio.

Encontré a Penina en la sastrería, protegiéndose junto a los demás clientes. Nos abrazamos con honda emoción. El sastre también me saludó con mucho afecto. Había cerrado las puertas al oír la primera explosión. Me hizo muchas preguntas acerca del fuego, pero yo no sabía nada, y no pude contestarle. Aquel sastre era un hombre sencillo, pero bien conocido en todo Kampala; durante varios meses había sido el sastre principal de las esposas de Amín. Dos semanas después de este incidente, los mercenarios tumbaban su puerta y se lo llevarían arrastrado. El sastre desaparecería para siempre. Su negocio se cerraría, sólo para ser reabierto varias semanas después, como propiedad de un nubio.

Pero en aquel momento desconocía que esto iba a suceder. Le di las gracias al sastre por cuidar de mi esposa, y me despedí. Penina y yo nos apresuramos a llegar al auto, y después de mucha dilación y confusión, llegamos a casa. Penina me contó que cuando había escuchado la primera explosión, había alaba-

do a Dios. Comentó: — Pensé para mis adentros: El ha oído nuestras oraciones; ha llegado el fin del mundo.

Por la tarde nos enteramos de la causa de la explosión. Un fumador descuidado había dejado caer un cigarrillo cerca de un camión de gasolina que tenía un salidero. A los pocos segundos, el camión había estallado en llamas, y el fuego se había extendido con rapidez a los edificios cercanos. Antes de ser controlado, más de setenta personas murieron y otras quedaron heridas de gravedad. Muchos de los fallecidos fueron bomberos y trabajadores de rescate.

Esa misma noche, una señora de la iglesia tocó a nuestra puerta. Su rostro estaba entumecido y sus ojos rojos de tanto llorar. Cuando la invité a entrar, ella se negó.

— Por favor, venga conmigo al hospital Mulago — me dijo —. Mi esposo recibió fuertes quemaduras y necesita oración. — Su esposo era uno de los bomberos heridos en el fuego de la mañana. Una pared en llamas se había desplomado encima de él, y los trabajadores de rescate se habían tardado. Ahora estaba postrado, cercano a la muerte.

Me despedí de Penina, y salí con aquella señora. Nada de lo que me dijo me preparó para lo que encontré en el hospital. Las víctimas del fuego habían sido llevadas a un salón y aun antes de poner un pie dentro del portal, sentí el olor acre de la carne chamuscada. Dentro de la habitación, el olor era tan intenso que casi no podía respirar. Las quejas de los pacientes en su sufrimiento y los gritos de sus familiares que lloraban, llenaban el aire. Sólo las víctimas más afortunadas tenían cama. Los demás estaban amontonados en esterillas de paja tiradas en el suelo. La mayor parte de ellos no sobrevivirían la noche.

La señora me condujo hasta la cama donde se hallaba su esposo, ya moribundo. Cuando me paré a su lado vi

que su cuerpo estaba completamente desfigurado.

Le pregunté suavemente: — ¿Cómo sabe que éste es su esposo?

— Sólo puedo sentirlo, sólo puedo sentir que éste es él — me contestó.

Se arrodilló y comenzó a orar pidiendo el consuelo de Dios para él. Me arrodillé a su lado, pero no había esperanza en mi corazón. *Quizá su esposo ya esté muerto, pensé para mis adentros. Quizá ya haya partido de este mundo, y sólo la que ha quedado atrás, la que aún sufre, es la que necesita consuelo.* Oré por la mujer que estaba a mi lado, con lágrimas de profundo dolor. Le pedí a Dios que protegiera su espíritu del Maligno, y que enviara al Consolador para darle fortaleza para la noche que se acercaba. Cuando me levanté para irme, prometí que volvería.

Cuando regresé a la tarde siguiente, el bombero estaba muerto. Había fallecido varias horas antes del amanecer. Su esposa se había arrastrado hasta una esquina remota de la sala, y cuando la hallé había caído sobre su rostro, llorando en silencio. No tenía palabras que decirle; estaba sola, con todas sus esperanzas destrozadas. Dos días antes, tenía un esposo con un trabajo fijo; ayer tenía un hombre en coma; hoy, nada. Era una mujer pobre del norte de Uganda, y no tenía familiares en la ciudad. Ahora, no tenía a nadie que la protegiera, ni amor que la cuidara.

Permanecí sentado junto a ella por algún tiempo, y luego me fui. Su rostro solitario y deprimido permaneció fresco en mi mente. Observé a los practicantes de la sala quitando cadáveres de las camas para hacer espacio para los que aún vivían. Pude escuchar los lamentos y oler aquel hedor insoportable. Algo pareció destrozarse dentro de mí. *Necesito encontrar un lugar más solitario, me dije a mí mismo. Necesito sentarme y permanecer callado ante Dios.* Quería saber si habían sido mis

falsas esperanzas las que me habían fallado, o si era la palabra de Dios. Quería saber si Dios quería ayudarme a entender el mundo de la manera que El lo hacía; conocer a la humanidad como El la conocía.

Salí del hospital y caminé varias cuadras rumbo al Museo de Uganda. Detrás del museo había un parque donde caminaba con frecuencia en mis días de estudiante cuando quería estar solo. Era una campiña apacible, llena de pequeñas colinas cubiertas de hierba, que iba descendiendo suavemente hasta el borde de un riachuelo. Junto a sus límites, por el oeste, se levantaban las hermosas casas del sector más exclusivo de Kampala. Hacia el norte, al otro lado del valle, había un campo de golf.

El sol resplandecía y el cielo era de color azul oscuro. Una leve brisa movía un mar de hierba de elefante silvestre, y cientos de begonias silvestres y lirios rojos cubrían los campos. Las mariposas danzaban a la sombra de los eucaliptos. Varios empleados públicos estaban cortando la hierba con sus machetes, y se veían parejas de jóvenes que paseaban lentamente por las colinas. Al final del valle, al otro lado del riachuelo, podía ver el color verde brillante de los campos de golf. Había banderines rojos que ondeaban con el viento, y los golfistas, vistiendo camisas llenas de colorido, paseaban a sus anchas por las praderas. Era el mismo paisaje que había visto muchas veces antes. Al comenzar a bajar por la vereda que conducía al valle que quedaba a mis pies, sentí que la paz del día me comenzaba a restaurar el corazón.

Me faltaba poco para llegar al riachuelo cuando vi a unos soldados. Habían estado escondidos de mi campo de visión por un bosquecillo de eucaliptos. Cuando me encontré con ellos, estaban al otro lado del arroyo, pero a menos de treinta metros. Algunos de ellos vestían uniformes y otros vestían camisas floreadas. Sobre sus

hombros tenían rifles. A sus pies había un hombre vestido de traje, tirado en el piso. Los soldados le estaban dando puntapiés en todas direcciones, y pude escuchar sus pesadas botas crujendo contra su carne. Reían y maldecían mientras el hombre gemía, retorciéndose de un lado a otro. Apenas estaba consciente.

Uno de los soldados oyó mis pasos y miró al otro lado del arroyo, hacia donde yo estaba parado. Movi6 su rifle en mi direcci6n. Yo sabía que era una advertencia para que me fuera, pero me le quedé mirando, paralizado. Su rifle me pareció como un túnel, y todo el mundo comenzó a dar vueltas. El soldado me miró por varios segundos, y luego se encogió de hombros. Volvió su atención hacia sus compañeros y al hombre que yacía en el piso. Con una fuerte risa, le dio un puntapié al hombre en la cabeza.

Desde algún sitio muy profundo de mi mente, escuché un clamor: — *¡Por favor, por favor, alguien que me ayude! ¡Ayuden a este hombre moribundo! ¡Ustedes trabajadores públicos, vengan corriendo! ¡Golfistas, dejen sus prados! ¡Jóvenes, vayan rápido, llamen a la policía! ¡Llamen a la policía; están asesinando a un hombre a plena luz del día! ¡Llamen una ambulancia; aún no está muerto!*

Pero no salieron palabras de mi boca. Los trabajadores públicos siguieron cortando hierba y los golfistas continuaron jugando rumbo al siguiente hoyo. Los jóvenes caminaban rápido en otras direcciones. Nadie parecía notar a los soldados; nadie se atrevía a mirar en su dirección. Los soldados continuaron en su trabajo con una indiferente arrogancia. Sabían que nadie en el mundo podría rescatar a su víctima.

Subí del valle y volví al museo, como envuelto en un sueño. Olvidé mis planes de meditación y oración. No podía recordar por qué había venido a estos campos ni dónde había estado. El mundo entero me parecía

muerto. El hombre que yacía en el piso no era más que una piedra. Los soldados eran sólo máquinas. Yo no era nada para ellos, y ellos no eran nada para mí. Yo no era nada, ni aun para mí mismo. Ya no tenía sentimiento humano. No podía percibir la profundidad de la maldad que me rodeaba, y no podía sentir el dolor del hombre que yacía en el suelo. Solo podía sentir que una mortecina somnolencia invadía mi propio cuerpo.

En ese instante, aprendí una nueva verdad. Aprendí que, de la misma manera que hay un límite más allá del cual los seres humanos somos incapaces de comprender la gloria de Dios, así también hay un límite más allá del cual somos también incapaces de comprender la maldad que hay en el mundo. Hay un límite más allá del cual todo es un absurdo abismo. Es aquí, en la pesadilla del caos absoluto, donde muere el sentimiento humano. Es aquí donde la muerte y el terror parecen tener el dominio absoluto, donde aun los pesares más profundos se convierten tan sólo en una angustia lejana.

¡Te vamos a matar!

La mañana del domingo de Pascua de 1973 comenzó con gran gozo para la Iglesia Redimida, pese a la creciente sombra amenazadora de Idi Amín. Amanecía y el cielo estaba sin nubes cuando comenzaron a llegar las primeras personas a los terrenos donde nos reuníamos para el culto. Provenían de casi todas las tribus: bagandas, basogas, banyankoles, acholis, langis, bagweris y bagisus. Venían de lugares tan distantes como Masaka, un pueblo situado a unos ciento veinte kilómetros de Kampala. Había ancianos con bastones y mujeres jóvenes con sus hijos a las espaldas. Había niños con flores en las manos; médicos y abogados, comerciantes y agricultores, sembradores de algodón y empleados gubernamentales. Sólo unos pocos viajaban en autos privados o en taxi. La mayoría de ellos viajaban en bicicleta o a pie. Otros venían en unos carruajes tan maltratados, que parecían estar a punto de desplomarse. Pero, cualquiera que fuese su forma de llegar, todos se saludaban con el mismo gozo diciendo: — ¡Aleluya, Azukide! ¡Aleluya, ha resucitado!

A las nueve de la mañana ya había más de siete mil personas reunidas. Era la multitud más numerosa que jamás había asistido a un culto un domingo en la Iglesia Redimida. Cuando ya no quedaba espacio en los terrenos donde nos reuníamos, la gente se subía a los árboles o se sentaba encima de los techos de los carruajes estacionados. Algunos grupos se acomodaron

en los patios cercanos, con sus propios sistemas de altoparlantes. Y cientos más se quedaron de pie en la calle.

Aquel lugar era ya un espectáculo de por sí. Algunos miembros de la iglesia habían venido la noche anterior para decorar las casas vecinas y los árboles de plátano con flores tropicales de diversos colores y banderolas de papel crepé. Las banderolas ondeaban con la leve brisa mañanera mientras unos pájaros de alas rojas volaban entre los árboles. La gente se sentaba muy junta, con sus mejores ropas domingueras. Los hombres vestían manto blanco, el *kanzu*, con un chaleco negro corto. Las mujeres vestían de blanco o usaban el *busiti* de color llamativo, un largo traje nativo con mangas fruncidas y faja ancha. Los niños vestían trajes de colores llamativos o pantalones cortos, y sus rostros, bañados con aceite poco antes, brillaban ahora a la luz del sol.

Antes de comenzar el servicio, me reuní con los ancianos a orar en el "vestuario", que era una casa vacía cercana a los terrenos de nuestro lugar de reuniones. Sentíamos el hambre profunda que había en los corazones de las personas que se habían reunido para la adoración. Conocíamos su deseo de escuchar la Palabra de Dios, y oramos para que *su vida* fuera transformada por su poder. Mientras derramábamos nuestro corazón ante la presencia del Padre en una intensa intercesión, las terribles escenas de las semanas anteriores volaron a mi mente otra vez. Vi un rostro quemado más allá de toda posibilidad de reconocimiento y una mujer acurrucada en una esquina llorando. Vi un grupo de soldados de pie en medio del parque armando algarabía y escuché el sonido de unas botas que crujían contra huesos. Recordé la arrogancia de los mercenarios, y la sensación de muerte que invadió mi corazón. Una vez más, la aparente victoria de la maldad me abrumó. Sentí un profundo temor. Yo mismo había caído; ¿cómo iba a

fortalecer a otros? ¿Quién era yo para alimentar a los hijos de Dios en esta hora de desesperación? ¿Qué palabras podía decir? Mis hermanos y hermanas necesitaban valor para poder mantenerse firmes ante el terror creciente. Necesitaban fuerza para poder sostenerse en medio de sus sufrimientos. No necesitaban mi sermón. No necesitaban escuchar mis pensamientos acerca de la resurrección. Mi padre tenía razón.

El me había dicho: — En tales momentos, los hombres no necesitan palabras. Necesitan poder.

Mientras oraba pidiendo fuerza y sabiduría, vinieron a mi mente las palabras de Mateo 14:19. Era el mismo pasaje que me había leído un miembro de la Hermandad de Avivamiento hacia muchos años.

Entonces mandó a la gente recostarse sobre la hierba; y tomando los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, bendijo, y partió y dio los panes a los discípulos, y los discípulos a la multitud.

A través de este versículo, escuché la convicción del Espíritu Santo. Jesús era quien proveía de pan a las multitudes. La labor de los discípulos sólo era distribuir lo que ya su Maestro les había dado. Dios era el que sostenía a su pueblo. El no me estaba pidiendo que alimentara a sus hijos con palabras sacadas de mi propio corazón. Sólo me estaba indicando que distribuyera el pan viviente que había colocado en mi mano.

Tomé la Biblia y salí a predicar con nuevos ánimos en aquella mañana de Pascua. El mensaje versó sobre el sufrimiento de Jesucristo. Hablé acerca de su triunfo sobre la maldad y sobre la muerte. Hablé del poder de la resurrección. Detrás de mí, sentados en un banco, se encontraban los ancianos orando. Frente a mí había una multitud de caras desconocidas. Había creyentes necesitados de aliento, y había personas incrédulas que

necesitaban salvación. Había muchas viudas y huérfanos. También un informante con una grabadora de cassette. Tal vez hubiera miembros del Buró Nacional de Investigaciones. Pero allí estaba Cristo, el Pan de Vida, y eso lo hacía todo muy diferente.

A las 12:30 el sol calentaba sobre nuestras cabezas, e intenté clausurar el servicio. La gente se negaba a marcharse. — No hemos venido para un servicio de iglesia — gritó alguien —. ¡Hemos venido para escuchar la Palabra de Dios! Vaya, descanse un tiempo y vuelva a predicar. — La multitud aplaudió y gritó mostrando su aprobación a la idea. Caminé hasta el vestuario para tomarme un breve descanso, y volví a media tarde. Casi nadie se había movido de su lugar. Prediqué por tres horas más, y cuando terminé esta vez, nadie objetó. Ya estaba oscureciendo y todos sabían que había llegado la hora de terminar la reunión. No era prudente viajar después del anochecer.

Terminé el servicio con la bendición. En medio de la incertidumbre de nuestra vida, y con la cercanía de la muerte, las palabras de Simeón cobraron un profundo significado:

*Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz,
conforme a tu palabra;
porque han visto mis ojos tu salvación,
la cual has preparado en presencia de todos los
pueblos (Lucas 2:29-41).*

No sabíamos si nos llegaríamos a ver otra vez, ni cuándo Dios nos llamaría al hogar celestial, pero nos marchamos en paz porque nuestros ojos habían visto la salvación del Señor.

Con un sonoro "Amén" por parte de la gente, y un cántico final a cargo del coro, terminó el servicio del domingo de Pascua. Me acerqué a los ancianos y nos abrazamos, alabando a Dios. Me parecía que habían

pasado varios días, y no algunas horas, desde que nos reunimos para orar. Yo estaba exhausto, pero mi corazón estaba lleno de gozo. Dios había contestado nuestras oraciones: El había partido el pan y había alimentado a su pueblo.

Saludé a varios amigos más, y luego me encaminé hacia el vestuario para cambiarme de ropa, esperando orar a solas por unos momentos. Tuve que abrirme paso entre la multitud, y estaba agotado cuando por fin llegué a aquella casa. Estaba demasiado cansado para observar a los hombres que estaban detrás de mí, hasta que cerraron la puerta.

Eran cinco. Estaban parados entre la puerta del vestuario de la iglesia y yo, apuntando sus rifles hacia mi rostro. Tenían la cara cubierta con las cicatrices tribales distintivas de los kakwas. Vestían de manera informal con camisas floreadas, pantalones acampanados, y utilizaban lentes para el sol. Aunque jamás los había visto, los reconocí de inmediato. Eran de la policía secreta del Buró Nacional de Investigaciones; los nubios asesinos de Amín.

Por un instante, nadie habló. De pronto, habló el hombre más alto, quien obviamente era el líder: —Vamos a matarte — dijo —. Si tienes algo que decir, dilo antes de morir. — Habló de manera sosegada, pero su rostro estaba desfigurado por el odio.

Lo único que pude hacer fue mirarlo lleno de asombro. Durante un desagradable momento, pude sentir todo el peso de su ira. Nunca nos habíamos conocido, pero el deseo más profundo de su corazón era descuartizarme. Sentí la boca pesada y mis extremidades comenzaron a temblar. Perdí el dominio de mí mismo. Pensé: *No tendrán que matarme, pues voy a caer muerto por mi propia cuenta, y jamás veré a mi familia de nuevo.* Pensé que Penina se quedaría sola en la casa con Damali. ¿Qué podrían hacer después de mi muerte?

Escuché una voz distante, y me sorprendí al darme cuenta de que era la mía: — No necesito defender mi propia causa — me escuché decir —. Ya soy un hombre muerto. He muerto y mi vida está escondida en Cristo. Sus vidas son las que están en peligro, porque están muertos en sus pecados. Oraré a Dios para que después de que me hayan asesinado, los salve de la destrucción eterna.

El hombre alto dio un paso hacia adelante, y luego se detuvo. En un instante, su rostro cambió. Su odio se transformó en curiosidad. Bajó su rifle e hizo señas a los demás para que hicieran lo mismo. Me miraron llenos de asombro, pero al menos quitaron sus rifles de mi rostro.

Entonces, aquel hombre habló de nuevo. — ¿Orarías por nosotros, ahora? — me preguntó.

Pensé que mis oídos me engañaban. Lo miré y luego miré a los demás. Mi mente estaba paralizada por completo. El hombre repitió la pregunta en un tono más alto, y me di cuenta de que se estaba impacientando.

— Sí, oraré por ustedes — contesté. Aun yo mismo podía percibir un tono audaz en mi voz —. Oraré al Padre celestial. Por favor, inclinen el rostro y cierren los ojos.

El hombre alto les hizo señas a los demás otra vez, y juntos, los cinco cerraron sus ojos. Yo también incliné mi rostro, pero mantuve mis ojos abiertos. La petición de los nubios me parecía una extraña treta. Pensé que en cualquier momento moriría, y no quería morir con los ojos cerrados.

Oré diciendo: — Padre celestial, Tú que has perdonado a los hombres en el pasado, perdona a estos hombres también. No los dejes perecer en sus pecados, sino tráelos a tus pies.

Fue una oración sencilla, dicha con profundo temor. Pero Dios vio más allá de mis temores, y cuando levanté el rostro, vi que los hombres que estaban de pie frente a

mí no eran los mismos que me habían seguido hasta el vestuario. Algo había cambiado en sus rostros.

El hombre alto fue el primero en hablar. Su voz era firme, pero no había arrogancia en sus palabras: — Nos has ayudado, — dijo —, y nosotros te ayudaremos. Hablaremos al resto de la compañía y ellos no te molestarán. No temas por tu vida. Estás en nuestras manos, y te protegeremos.

Quedé asombrado al escuchar su contestación. El hombre les hizo señas a los demás de que se fueran. Cuando él se acercaba a la puerta, habló una vez más: — Vi viudas y huérfanos en tu congregación — dijo —. Los vi cantando y alabando. ¿Por qué están tan contentos, cuando la muerte está tan cerca?

Aún tenía dificultad para hablar, pero le contesté. — Porque Dios los ama. El les ha dado vida, y dará vida a aquellos a quienes ellos amaron, porque murieron en Él.

Su pregunta me pareció extraña, pero no se quedó para que le explicara. Sólo movió la cabeza perplejo, y salió.

Me quedé mirando hacia la puerta por unos instantes, y luego me senté en una silla de pajilla que estaba cerca. Mis rodillas ya no tenían fuerza, y sentía que todo el cuerpo me temblaba. Ya no podía pensar con claridad. Sólo diez minutos antes me había considerado hombre muerto. A pesar de que estaba rodeado de siete mil personas, no había ser humano al cual pudiera apelar. No podía pedirle a Kiwanuka que usara sus conexiones, ni podía pedirles a los ancianos que oraran, ni apelar a la misericordia de los asesinos nubios. Mi boca se había paralizado, y me habían faltado palabras convincentes. En ese momento, tan cerca de la muerte, no fue mi sermón, ni tampoco una idea tomada de las Escrituras, lo que me dio valentía. Fue Jesucristo, el Señor viviente.

La noche de aquel domingo de Pascua, conduje el auto hacia mi casa muy desconcertado, pero con gozo

128 *Una angustia lejana*

en el corazón. Sentí que había pasado de muerte a vida, y que ahora podía decir al igual que Pablo:

Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí (Gálatas 2:20).

~ 12 ~

Oigo sus gritos

En los días que siguieron a mi encuentro con la muerte el domingo de Pascua, me dediqué a meditar. No volví a ver a los nubios; y la emoción inicial que sentía acerca de su cambio de actitud, se tornó de la noche a la mañana en una profunda sospecha. Por lo menos, su comportamiento había sido muy misterioso y me preguntaba si lo que yo interpreté como providencia divina era sólo una mascarada. Quizá ahora estos hombres fingirían convertirse a fin de infiltrarse en la iglesia. Sabía que esta práctica es común en los países comunistas, y era un hecho bien conocido que Amín estaba recibiendo lecciones de estrategia con los rusos. Por otro lado, tal vez los nubios tuvieran planes de índole privada. Quizá sólo aguardaran un momento espectacular para hacer la matanza en público.

Mientras ponderábamos estos pensamientos, Penina y yo pasamos varias horas analizando la posibilidad de que renunciara a la participación activa en el ministerio de la iglesia. Además de los nubios, había razones de sobra para tomar tal decisión. La situación en Uganda estaban empeorando cada día. Amín alababa en público a Adolfo Hitler, proclamando que Hitler no había hecho suficiente al quemar a sólo seis millones de judíos. En el mes de noviembre, arrestó y ejecutó a un evangelista por leer un pasaje de Isaías que hablaba acerca de la victoria final de los israelitas sobre sus enemigos. Al mismo tiempo, los soldados de Amín estaban atacando con

creciente agresividad. Ya era un riesgo para un ciudadano normal salir en auto durante la noche. Las carreteras estaban patrulladas por pandillas de nubios, que con frecuencia detenían a los choferes, los golpeaban con fuerza, tomaban sus autos y los dejaban tirados en la cuneta.

Sin embargo, lo que más alarmaba de todo era el hecho de que un sinnúmero de ugandeses se estaban levantando contra sus vecinos de las aldeas y los pueblos. Las riñas personales, que en otros tiempos se olvidaban o se resolvían en privado, se convertían en ocasión para derramar sangre. Era muy fácil sobornar oficiales del ejército para que arrestaran o mataran a los enemigos personales de alguien, sin que hubiera peligro para él.

Aun en la iglesia, no había seguridad. Me había enterado el mes anterior, de que uno de nuestros miembros más activos, un hombre que era miembro del comité de ancianos, estaba informándole al gobierno acerca de todo lo que hacía nuestra congregación. Era un hombre alto, fornido, callado y sagaz, que tenía mucha habilidad para trabajar con sus manos. Siempre que surgía un proyecto en la iglesia que exigiera talentos manuales, era el primero en ofrecerse de voluntario. Nunca lo había conocido bien, pero cuando conocí sus actividades de espionaje, lo sentí profundamente. Acudí a Katongole Sabaganzi en busca de consejo y después de que le expuse toda mi frustración y mi desilusión, el sabio hombre cuyas palabras dieran origen a la Iglesia Redimida sólo movió su cabeza. Me pareció en ese momento que se había avejentado mucho durante los últimos dos años. Al igual que Kiwanuka, había gastado sus energías en la causa de la libertad de Uganda, y ahora había algo en su porte que revelaba desilusión y derrota. Aunque se cuidaba de mostrar sus temores, pude observar que una sombra de preocupación cruzó su rostro. Después de un

instante de silencio, dijo al fin de manera triste pero sabia: — Kefa, no puedes hacer nada. No existe una comunidad en la tierra donde no haya un Judas.

Bajo estas condiciones, en las cuales la supervivencia era difícil para todos, me parecía poco prudente hacer mayor el peligro para mí y para mi familia, al permanecer al frente de la Iglesia Redimida. No existía ningún compromiso formal ni monetario con la iglesia, y muchos de los ancianos estaban igualmente calificados para asumir las responsabilidades de la predicación. Además de esto, durante los últimos meses había dedicado menos tiempo a estar en la Universidad de Makerere y tenía varias cosas que resolver a fin de terminar el año académico. Seis semanas después, Penina y yo saldríamos de Uganda para pasar varios meses estudiando en Holanda. Gracias a los esfuerzos del doctor Hans Rookmaaker, se me había concedido una beca para estudios postgraduados en la Universidad Libre de Amsterdam, y tan pronto como terminara el año académico en la Universidad de Makerere, Penina y yo saldríamos para Amsterdam. Quizá cuando terminara mis exámenes de doctorado, se habría estabilizado un poco la situación en Uganda, o por lo menos quienquiera que fuera el que hubiera querido verme muerto, se habría olvidado del asunto.

Penina y yo estábamos casi decididos a que dejará el ministerio, cuando me visitó por segunda vez en el vestuario de la iglesia el nubio alto del domingo de Pascua. Estaba terminando en ese preciso momento de aconsejar a una joven cuyo esposo habían asesinado los mercenarios, cuando el hombre entró por la puerta. Lo reconocí de inmediato, y se apoderó de mí el mismo temor que había sentido cuando lo había visto desde el final del cañón de su fusil. Pensé que venía a matarme.

El nubio me saludó con la cabeza, y habló de la misma manera brusca de antes. — Ahora que soy un

balokole, que he nacido de nuevo — me preguntó —, ¿qué debo hacer?

Me pareció en ese momento que jamás cesarían las sorpresas en mi vida, pero traté de esconder mi asombro y le contesté de la misma manera directa con la que él había hablado. Si afirmaba que tenía nueva vida en Cristo, lo único que yo podía hacer en ese momento era aceptar su palabra.

— Debe conseguir una Biblia — le dije —. Yo no puedo decirle lo que debe hacer; sólo Jesucristo puede. Debe leer su mensaje y averiguarlo por sí mismo.

Le dije que comenzara a leer el evangelio de Juan, al igual que lo hacía con todos los nuevos convertidos. El nubio movió la cabeza asintiendo, y se marchó. Cuatro días más tarde, volvió. Tan pronto como entró por la puerta, me di cuenta de que estaba profundamente perturbado. Sus músculos se sacudían y se apretaba los puños, retorciéndose, como si estuviera haciendo un esfuerzo por evitar atacar a alguien.

Sin ninguna clase de saludo, me dijo: — Lea esto. — Me puso en las manos una Biblia en idioma swahili, y me señaló Juan 8:44. Leí en voz alta:

Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira.

El nubio me miró, como a la expectativa, pero yo esperé a que él hablara.

— ¿No se da cuenta? — dijo con voz temblorosa —. Jesús está hablando acerca de mí. He asesinado a más de doscientas personas. Las he asesinado con mis propias manos. Nada me detenía. Nunca mostré compasión. Durante todo este tiempo, pensé que estaba

trabajando para Amín, pero en realidad he estado trabajando para Satanás. ¡El es mi padre!

Permanecí en silencio. El hombre se sentó en una silla cercana, y comenzó a llorar. Después de varios minutos se calmó, y con voz entrecortada, me contó su historia.

— Toda mi vida — dijo — he sido dominado por el odio. Mi padrastro nunca se ocupó de mí; siempre me golpeaba. Golpeaba a mi madre también, y cuando la veía destruida en el piso, mi estómago se retorció. Pero ella nunca me amó. Me odiaba y me trataba como si fuera una carga para ella. Cuando me hice hombre, estaba lleno de odio. Nunca conocí el amor. Comencé a matar personas, y al principio fue muy difícil. Pero una vez que se ha matado a una persona, se puede seguir indefinidamente. Hay tanta sensación de culpabilidad, que uno no puede detenerse. No puede admitir que se odia a sí mismo, y que ha hecho esa cosa tan terrible.

El nubio hablaba de manera tan intensa, que el sudor comenzó a caer de su rostro. *Estoy mirando a un hombre que ha llegado a su fin*, dije para mis adentros. *Ya no tiene fuerza mental ni emocional.*

El nubio continuó su historia.

— Cuando vinimos el domingo de Pascua a matarlo, lo íbamos a hacer frente a todo el mundo. Íbamos a mostrarles el poder nuestro. Pero permanecimos sentados en el servicio. No escuché nada de lo que usted decía. Sólo podía ver a las viudas y los huérfanos que estaban sentados alrededor de mí, algunos de los cuales yo conocía. Había asesinado a sus jefes de familia con mis propias manos, y esperaba que estuvieran llorando y lamentándose. Pero estaban batiendo palmas, cantando y demostrando que estaban felices. Su gozo me hizo tener miedo. Pensé para mis adentros que si lo lograba entender tan siquiera por un instante, estaría dispuesto a dejarlo todo.

— Cuando llegamos aquí, y usted oró por noso-

tros, lo comprendí. Sentí en mi vida algo que nunca antes había sentido. Pero ahora he leído sobre ese hombre llamado Jesús, y no puedo creer; no puedo ser perdonado. Mi padre es Satanás. Cada noche cuando me acuesto, veo las caras de las personas que he matado. Oigo sus gritos y los gritos de sus mujeres e hijos. Nunca antes los escuchaba, pero ahora no escucho otra cosa. Nunca dejan mi corazón, y no puedo ser perdonado.

Mientras le escuchaba derramar su tormento, el temor por mi vida desapareció por completo. Lo quería consolar, convencerlo del perdón de Dios, pero me encontraba sin palabras. Por un momento, hasta dudé de que Dios quisiera perdonar a tal hombre. ¡Cuánta desdicha humana había traído a nuestra vida! ¡Cuántas personas había destruido! Pensé en la familia Okelo y su sala manchada de sangre. Tal vez este hombre fuera el que los había torturado y destrozado.

Haciendo un gran esfuerzo, deseché estos pensamientos y abrí mi Biblia. Durante los meses anteriores, me había hallado sin palabras en varias ocasiones, pero las palabras de las Escrituras habían sido vida y verdad. Comencé a leer para el nubio un testimonio tras otro del amor y del perdón de Dios. Cuando terminamos, las palabras de Isaías habían cobrado una nueva y viviente realidad para ambos:

Yo deshice como una nube tus rebeliones, y como niebla tus pecados; vuélvete a mí, porque yo te redimí (Isaías 44:22).

El nubio oró pidiéndole a Dios que continuara revelándole la verdad de su palabra, y juntos le pedimos que nos capacitara por medio del Espíritu Santo a fin de que creyésemos en el perdón de los pecados.

El domingo siguiente lo vi otra vez. El, y los cuatro hombres que habían penetrado en el vestuario de la

iglesia, estaban asistiendo al culto. Al final, vino solo al vestuario para saludarme. Una amplia sonrisa cubría su rostro y se movía como si estuviera a punto de danzar.

— He hallado el amor de Jesucristo — me dijo —. Soy un hombre nuevo. Puedo sentirlo; mis pecados han sido borrados. Hace unos días, mi comandante me ordenó participar en una misión de allanamiento. Cuando llegamos a la casa que debíamos saquear, apunté a la cara del dueño con el rifle y él se puso a temblar. Entonces le dije: — Es usted un hombre afortunado. Si lo hubiera conocido hace dos semanas, usted estaría muerto. Pero he encontrado a Jesucristo, y mis pecados han sido perdonados. Soy un hombre libre, y lo libertaré a usted. — Entonces lo dejé marcharse.

Estaba tan contento de ver la transformación realizada en la vida del nubio, que apenas noté su extraño método de evangelismo. Más tarde, cuando vino a mi mente, no sabía si reír o llorar. ¡Testificar con un rifle cargado en las manos! En verdad, el caos del régimen de Amín producía testimonios extraños.

De este hombre aprendí que la sangre de Jesucristo cubre multitud de pecados. El era un hombre cuya vida se había formado en la ausencia del amor de Dios. Desde sus comienzos fue una personalidad rechazada, un hombre que odiaba su propia imagen. Había intentado recapturar su dignidad humana destruyendo a otros seres humanos, pero sólo había caído cada vez más profundamente en el odio a sí mismo y la inseguridad. Era un círculo vicioso; mientras más se odiaba a sí mismo, más despiadado era, y mientras más despiadado era, más se odiaba a sí mismo. Pero ahora, el amor de Jesucristo lo había libertado de esa esclavitud. Tenía una nueva identidad, firme y segura: era hijo de Dios.

Pensé en Idi Amín. Su padre lo abandonó al nacer, y su madre se paseaba por las barracas del ejército como prostituta del campamento. Su tribu, la de los nubios

sudaneses, era notoria debido a su sádica brutalidad y su espíritu vengativo.

Tal vez Amín fuera un hombre que nunca había conocido el amor de Dios. Quizá hallara su valor personal en el odio. De ser así, su inseguridad sólo podría convertirse en paranoia. Cientos de miles de personas habían muerto en sus manos y en las manos de sus mercenarios nubios. En una sociedad compuesta por familias tan extensas, donde una muerte significa doscientos enemigos, tales crímenes eran imperdonables. Los enemigos de Amín eran innumerables y mientras más trataba de eliminarlos, más enemigos se ganaba. El también estaba metido en un círculo vicioso. Nunca podría dejar de matar. Nunca podría sentirse seguro de sí mismo.

El testimonio del nubio me dio la valentía que necesitaba para permanecer en el ministerio. La preocupación por mi propia seguridad se hizo secundaria ante mi deseo de testificar acerca del poder de Dios, y sabía que la comunidad de creyentes de la Iglesia Redimida estaba experimentando la gracia de Dios como nunca antes. Estábamos aprendiendo a vivir en un eterno presente, a dejar que las Escrituras por sí solas formaran nuestras esperanzas para el futuro y a orar sin quejarnos. Ya no era tiempo lo que deseábamos, sino el perdón y el amor de Dios. En la inseguridad de nuestra existencia diaria, nos estábamos liberando de nuestra confianza en los métodos y de los ídolos de la confianza en nosotros mismos y la autocompasión. Ya no podíamos darnos el lujo de preguntarles a los nuevos convertidos: — ¿Crees? — Les preguntábamos —: ¿Estás dispuesto a morir por Jesucristo?

Las dudas que persistían en mi mente acerca de mi compromiso con la iglesia, desaparecieron un domingo por la mañana cuando Katongole le habló a la congregación. Se puso de pie en el preciso momento en que el

servicio iba a comenzar, y hubo silencio de inmediato en todo el lugar. En aquellos momentos nuestra asistencia había superado las catorce mil personas, pero Katongole tenía voz de orador y, sin esfuerzo aparente, se hizo escuchar en todo el terreno.

— A muchos nos queda poco tiempo por vivir — dijo — y necesitamos oír las palabras de nuestro Señor. Leyó el capítulo once del Apocalipsis, y se detuvo en el versículo siete:

Cuando hayan acabado su testimonio, la bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, y los vencerá y los matará.

— Recibimos consuelo por medio de estas palabras — continuó diciendo Katongole. Estaba erguido con toda la dignidad de su edad y posición, y ya no podía ver siquiera un rastro de derrota en su porte —. Dios nos ha llamado a una misión y somos prisioneros de su Evangelio. Estamos vivos sólo porque ha sido dispuesto así por El, y no necesitamos preocuparnos acerca de la muerte. No la veremos mientras no hayamos terminado nuestro testimonio. Se nos consuela, pero a la misma vez se nos reta. Los creyentes que han ido delante de nosotros en la lucha contra Satanás son los que nos retan:

Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte (vea Apocalipsis 12:11).

— Hermanos y hermanas, no debemos amar nuestra vida demasiado, ni debemos tenerle miedo a la muerte. El mensaje que llevamos es un tesoro mayor que nuestra existencia en la tierra. Debemos estar dispuestos a morir por el testimonio de Jesucristo.

Cuando Katongole terminó de hablar, hubo un largo

138 *Una angustia lejana*

silencio en toda la congregación. Desde mi asiento en la plataforma pude recorrer con la vista todo el lugar: la multitud callada, y un mar de rostros sombríos, llenos de expectativa. Todos estaban esperando, pero no logré comprender si estaban esperando que la tormenta presente pasara, o si esperaban la tormenta que aún estaba por venir.

~ 13 ~

De nuevo en Amsterdam

A fines del mes de abril, di mi última clase en la Universidad de Makerere. Tres días más tarde, tras meses de demora para conseguir nuestros boletos de avión, Penina y yo volamos con nuestra hija Damali a Amsterdam. En 1973, el gobierno de Uganda ejercía ya un estricto control sobre la economía, y a fin de detener el flujo de chelines hacia fuera del país, ponía todos los obstáculos posibles para que los ugandeses no viajaran al exterior. Para poder comprar nuestros boletos, me tuve que involucrar en una maraña burocrática que se extendió desde el Banco de Uganda hasta el Ministro de Hacienda. Aun así, hubiera sido poco probable que recibiera los boletos si no hubiera sido por los esfuerzos generosos de un excompañero de clases, oficinista en el Banco de Uganda.

Contra mis expectativas más pesimistas, las semanas que siguieron a la seria exhortación de Katongole fueron momentos de renovación y crecimiento para la congregación de la Iglesia Redimida. Por medio de los esfuerzos evangelísticos de nuestros miembros, ganamos cientos de nuevos convertidos para Cristo, y nuestra lista de miembros llegó casi a duplicarse. Kiwanuka se había ganado la confianza del comité de la iglesia y se había convertido en un firme líder en asuntos de normas de la iglesia y discipulado. Había utilizado su influencia con

Amín y otros oficiales del gobierno, que aún era considerable, para rescatar de la prisión a varios miembros de la iglesia, y estaba confiado de que no habría más problemas por parte de la oficina del Presidente.

Al mismo tiempo, los cinco nubios que habían invadido mi vestuario el domingo de Pascua por la tarde, insistían en que se habían consagrado de nuevo a Jesucristo. Utilizaban su acceso a las fuentes de información del ejército para alertar a los miembros de la iglesia cuya vida peligraba, y ayudaron a varias familias a escapar por la frontera entre Uganda y Kenya. Sus buenas obras eran muy alabadas, pero yo seguía teniendo dudas y nunca me confié de ellos. Estaba seguro de que, si la iglesia entraba en conflicto directo con el gobierno, los nubios asegurarían su alianza con Amín, y colaborarían en nuestra destrucción.

A pesar de estos temores ocultos que me llevé conmigo al salir de Uganda, nuestro regreso a Amsterdam fue ocasión de mucho gozo. Desde el principio, a Penina y a mí nos encantó el ambiente europeo de la ciudad, sus canales, el ruido de los tranvías en las estrechas calles de adoquín, los veloces choferes que hacían bruscos virajes por aquellas curvas irregulares y cerradas, y los miles de ciclistas que ignoraban el tumulto que los rodeaba. Todas las mañanas entre las diez y las once veíamos a las amas de casa de Amsterdam sacudiendo sus plumeros desde las ventanas de las buhardillas. Después de pasar horas dando lustre, abrían las puertas para exhibir la obra de sus manos y se sentaban a tomar té. El papel del esposo, por supuesto, era conversar y discutir. En la televisión, en la radio, en el hogar, parecía que no había ningún tema demasiado nebuloso, ni distinción demasiado sutil para el hombre holandés. Discutían todos los temas con una pipa humeante en la mano, gestos apasionados, y ocasionalmente, hasta vigorosos gritos.

A Penina y a mí nos encantaba esta intensidad intelectual de los holandeses, pero nos tocó más de cerca su generosidad de corazón. En el año 1970, cuando fuimos por primera vez a Amsterdam para estudiar en la Universidad Libre, fuimos recibidos calurosamente y pronto hicimos muchas amistades perdurables. Durante ese mismo año, Penina enfermó de un desorden muscular que no pudo ser diagnosticado. Pasó nueve meses en una silla de ruedas, paralizada de la cintura hacia abajo y, aunque los médicos no se pudieron poner de acuerdo acerca de las causas, su opinión era unánime acerca del efecto: jamás volvería a caminar.

Durante ese tiempo nuestros gastos médicos fueron enormes, y la Universidad gastó mucho más de los fondos asignados a nuestra beca. Un día, cuando nuestro futuro parecía especialmente desalentador, visité al señor Baas, jefe del departamento de estudiantes extranjeros, para darle las gracias por su ayuda. Estaba a punto de llorar, y me fue difícil hablar. Cuando le mencioné que pensaba reponer toda nuestra deuda, el señor Baas movió su cabeza en señal negativa. Se levantó de su silla, me puso una mano sobre el hombro, y me dijo unas palabras que jamás he olvidado.

— Kefa — me dijo —, no nos debes nada. Quizá estés pensando que la acción de dar es una calle con tránsito en ambas direcciones, pero en realidad es más bien como un río que fluye. No se detiene ni se vuelve, sino que sigue corriendo hacia adelante. Dentro de poco, Penina estará bien, y tendrás tu oportunidad. Pero no será una oportunidad de pagarles a aquellos de los cuales has recibido; será el momento de darles a otros.

El señor Baas tenía razón. Durante las semanas que siguieron, Penina se negó con obstinación a permanecer en la cama, y al cabo de poco tiempo estaba caminando. Ahora, en nuestro segundo viaje a Amsterdam, se había recuperado casi por completo. La renovada salud de

Penina hizo de nuestra reunión con estas viejas amistades una ocasión llena de acción de gracias.

Disfrutamos de manera especial nuestros momentos junto al doctor Rookmaaker y su señora. Dedicamos largas horas a comentar con la señora Rookmaaker el adelanto del orfanato, y ella nos ofreció varias ideas prácticas para su futuro desarrollo. Anky Rookmaaker, mujer de pelo castaño ensortijado y agradable presencia, era atractiva y decidida. Su compasión por los pobres y desamparados estaba combinada con un sabio sentido práctico y una concepción nada sentimental del sufrimiento. En cierta ocasión, solicitó unas fotografías de niños huérfanos para usarlas en la búsqueda de protectores holandeses. Le envié fotografías de los niños en su paupérrimo estado de vida. La señora Rookmaaker me devolvió las fotos con una severa reprimenda.

— Estas fotos son feas — me escribió —. Por favor, envíeme fotos nuevas cuando los niños hayan comido de manera adecuada por varias semanas y estén vestidos con ropas remendadas. No queremos apelar a la compasión ni a la lástima humana; queremos apelar a las mejores cualidades de nuestros patrocinadores. Queremos recordarles que estos niños necesitados son criaturas de Dios, que son hermosas criaturas suyas.

Los puntos de vista de la señora Roomaaker jamás eran los tradicionales, y eran lo contrario a todo lo que yo esperaba de la obra caritativa. Llevaba a cabo sus propios planes, y gracias a ello, les dio respeto y dignidad a cientos de huérfanos a quienes nunca había visto, pero a quienes amaba como dádivas de Dios.

De igual forma, trabajar con el doctor Rookmaaker era un reto. Hans Rookmaaker era un hombre de edad madura, ligeramente obeso, de pelo grisáceo, que nunca dejaba su pipa. Durante la Segunda Guerra Mundial estuvo activo dentro de la Resistencia holandesa, y después de ser capturado por los alemanes, fue enviado

a un campo de concentración nazi. Estando allí, comenzó a leer la Biblia. Al igual que Joseph Kiwanuka, sintió una admiración especial por Jesucristo, el Hombre de la libertad, y después de mucha meditación, entregó su vida al Redentor. Cuando terminó la guerra, fue liberado de la prisión y se unió de inmediato a una iglesia. Para sorpresa suya, encontró que los miembros de las iglesias eran los más encadenados a sus pecados. Puesto que había tenido la experiencia de una liberación, tanto de las cadenas físicas como de las espirituales, emprendió solo una campaña a favor de la libertad cristiana. Dondequiera que hablaba, exhortaba a la gente a confesar sus pecados y a aceptar el perdón por medio de Cristo.

Muy a menudo, exhortaba a sus hermanos y hermanas en la fe diciendo: — Ustedes son libres: no se forjen nuevas cadenas con falsas culpas. Cristo no ha venido para convertirlos en grises modelos de mediocridad; ha venido para librarlos a fin de que sean hijos de Dios verdaderamente humanos; personas ardientes y llenas de vida.

El doctor Rookmaaker tenía una profunda influencia, por ser un erudito cristiano. Estableció grupos de artistas cristianos en toda Europa, y exhortaba a los cristianos que estaban dedicados a las artes a no crear una falsa división entre su vocación y su fe. Su interés en la cultura contemporánea y su preocupación por los jóvenes lo llevaron a fundar el centro de estudios *Eck en Wiel*, una comunidad de viviendas en las afueras de Amsterdam donde acudían decenas de estudiantes a pasar sus veranos. Estos estudiantes traían consigo sus inquietudes filosóficas y religiosas, al igual que sus urgentes problemas personales, y hallaban en *Eck en Wiel* un estimulante ambiente intelectual y una cordial comunidad cristiana. Muchos de los que llegaban con cínicas sospechas, partían con la mente restaurada y con una nueva relación con Jesucristo.

En su función de historiador de arte, el doctor Rookmaaker servía de estímulo, y mi verano de estudios con él se hizo muy breve. Mi única desilusión tenía lugar cuando visitaba la biblioteca de la escuela, donde revisaba los periódicos internacionales. No hacían mención alguna de la masacre que estaba ocurriendo en Uganda. Los gemidos de las viudas y los huérfanos que se oían tan claros en los confines de nuestro pequeño país, no se escuchaban en lo absoluto en el resto del mundo. Cuando mencionaban a Idi Amín, lo pintaban como un bufón internacional cuyas extravagantes hazañas dejaban perplejo al mundo civilizado. El embajador de los Estados Unidos en Uganda, el doctor Thomas Melady, intentó convencer a su gobierno de que planteara en el campo internacional el genocidio de Amín, pero al poco tiempo se cerró calladamente la embajada, y solamente porque había una amenaza potencial a la seguridad de los ciudadanos norteamericanos.

Sin embargo, lo que más me perturbaba era la reacción de nuestro propio continente. En el décimo aniversario de la Organización para la Unidad Africana (OUA), que se celebró a principios del mes de agosto, Amín fue recibido con vítores y risas. Los africanos de color lo veían sólo como un hombre valiente que les hacía frente a los imperialistas blancos; no eran capaces de verlo como un tirano genocida. Sólo los presidentes Julius Nyerere, de Tanzania, y Kenneth Kaunda, de Zambia, se opusieron a su régimen.

Parecía haber muy poca esperanza de ser rescatados, ya que no contábamos con el apoyo del mundo occidental, y la gente de Africa cerraba sus ojos ante nuestro sufrimiento. Nuestro propio ejército legal había estado desarmado y sin dirigentes por espacio de dos años, y los intentos internos de golpe de estado sólo servían para cimentar aun más el poder de Amín. Aun los opositores más poderosos de Amín comenzaron a

sospechar que la afirmación que él hacía respecto a su persona era verídica: él era invencible; nadie podía hacerle daño.

En el mes de julio recibimos una carta de Adoniya Kirinda, un anciano de la Iglesia Redimida que había asumido temporalmente la responsabilidad sobre el Hogar Kijomanyi. Mencionaba brevemente un problema de bicicletas para los niños, y terminaba la carta con unas enigmáticas palabras:

Acaban de citar por radio a todos los líderes religiosos de la Iglesia Redimida, para que se reporten a la oficina del Presidente. Cuando reciba esta carta, las reuniones ya habrán terminado.

La carta de Kirinda fue la última que recibimos que no estuviera sellada por el censor de la oficina del Presidente, y desde ahí en adelante no recibimos noticias importantes de nuestra patria. La señora Rookmaaker se perturbó profundamente ante este cambio en la situación, y nos aconsejó que permaneciéramos en Holanda hasta que el estado político de Uganda se hubiera estabilizado. Al recibir su sugerencia, solicité una extensión de mi licencia en la Universidad de Makerere, la cual fue aceptada casi de inmediato. Una vez más, la Universidad Libre se brindó a cubrir las necesidades físicas y económicas de mi familia, y mis exámenes de doctorado se pospusieron hasta principios del mes de septiembre.

A fines del mes de agosto, Penina y yo estábamos ansiosos por volver a Uganda, e hicimos arreglos para realizar nuestro vuelo de regreso a la mañana siguiente a mi examen. Para desilusión nuestra, y faltando sólo una semana, la junta examinadora atrasó su reunión por tres días, y fuimos obligados a cambiar nuestro vuelo. Enviamos un telegrama notificando nuestro cambio de planes, y a los dos días recibimos un telegrama de

Kampala. Era anónimo, y el mensaje era breve: *Viajen en secreto.*

Le mostramos el telegrama a la señora Rookmaaker, y ella volvió a pedirnos que nos quedáramos en Amsterdam. Esta vez, Penina y yo pensamos que era mejor que regresáramos a nuestra tierra. Habíamos estado fuera por más de cuatro meses y el ministerio de la iglesia pesaba en nuestra conciencia. No queríamos estar separados de nuestra gente más tiempo, y estábamos seguros de que si teníamos alguna dificultad, podría ser resuelta por Kiwanuka.

En la mañana en que me tocaba mi examen, recibimos dos telegramas más. Uno era anónimo, y tan sólo decía: *Esperen.* El otro era del doctor K., quien también nos aconsejaba viajar en secreto. Ya entonces Penina y yo estábamos bastante perplejos, pero estábamos todavía de acuerdo en nuestra firme decisión de proseguir con nuestros planes.

Aquella tarde hice el examen, y lo pasé. En la noche asistimos a una fiesta de despedida, donde dijimos adiós a nuestros amigos y a los funcionarios de la universidad. La señora Rookmaaker hizo un intento final por persuadirnos a permanecer allí, y entonces, con genuina angustia, nos entregó dos boletos aéreos "de emergencia". Los boletos eran para un vuelo de Kampala a Amsterdam, y se habían comprado por petición de la señora Rookmaaker, con fondos combinados del departamento de estudiantes extranjeros de la Universidad, y la organización "Salve a un niño bordando". Penina y yo agradecemos profundamente su regalo, y después de darle las gracias a la señora Rookmaaker, decidimos usar los boletos para enviar a dos estudiantes más de Uganda al centro de estudios *Eck en Wiel* tan pronto regresáramos.

Mirando al pasado desde nuestra situación actual de seguridad, es difícil comprender cómo no supimos

escuchar la voz de Dios en la preocupación de la señora Rookmaaker y los mensajes de nuestros amigos. No obstante, debido a razones que sólo Dios conoce, nuestros oídos estaban sordos. A la mañana del día siguiente, lunes 16 de septiembre, abordamos un avión con rumbo a Kampala.